This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07586674 3

VELADAS

del

ATENEO

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA I ENCUADERNACION UNIVERSITARIA
DE S. A. GARCIA VALENZUELA
MERCED 812

1908.

LIBR
J. NA
AMUMADO

Ateneo, Santiago de Chile

VELADAS del ÁTENEO

NEW YORK PUBLIC LIBRARY

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA I ENCUADERNACION UNIVERSITARIA
DE S. A. GARCÍA VALENZUELA
MERCED 814

1906.

CB.

781001

BALDOMERO LILLO

Sub-sole

15 .6. $ .75

Sub-sole

Sentada en la mullida arena i, miéntras el pequeño acallaba el hambre chupando ávido el robusto seno, Cipriana con los ojos húmedos i brillantes por la escitacion de la marcha, abarcó de una ojeada la líquida llanura del mar.

Por algunos instantes olvidó la penosa travesía de los arenales ante el májico panorama que se desenvolvia ante su vista Las aguas en las que se reflejaba la celeste bóveda eran de un azul profundo. La tranquilidad del aire i la quietud de la bajamar daban al océano la apariencia de un vasto estanque diáfano e inmóvil. Ni una ola ni una arruga sobre su terso cristal. Allá en el fondo, en la línea del horizonte, el velámen de un barco interrumpia apénas la soledad augusta de las calladas ondas.

Cipriana, tras un breve descanso, se puso de pié.

Aun tenia que recorrer un largo trecho para llegar al sitio a donde se dirijia. A su derecha un elevado promontorio que se internaba en el mar mostraba sus escarpadas laderas desnudas de vejetacion i, a su izquierda, una dilatada playa de fina i blanca arena se estendia hasta un oscuro cordon de cerros que se alzaban hácia el oriente. La jóven, pendiente de la diestra el cesto de mimbres i, cobijando al niño que dormia, bajo los pliegues de su rebozo de lana cuyos chillones matices escarlata i verde resaltaban intensamente en el gris monótono de las dunas, bajó con lentitud por la arenosa falda i echó a andar a lo largo de la playa. El descenso del agua habia dejado al descubierto la ancha faja de un terreno firme, lijeramente humedecido en el que los piés de la mariscadora dejaban apénas una leve huella. Ni un ser humano se distinguia en cuanto alcanzaba la mirada. Miéntras algunas gaviotas revoloteaban en la blanca cinta de espuma producida por la ténue resaca, enormes alcatraces con las alas abiertas e inmóviles, resbalaban, unos tras otros, como cometas suspendidas por un hilo invisible, sobre las dormidas aguas, sus siluetas fantásticas alargábanse desmesuradamente por encima de las dunas i, en seguida, doblando el promontorio iban a perderse en alta mar,

Despues de media hora de marcha la mariscadora se encontró delante de gruesos bloques de piedra que le cerraban el paso. En ese sitio la playa se estrechaba i concluia por desaparecer bajo grandes

planchones de rocas basálticas cortadas por profundas grietas. Cipriana salvó ájilmente el obstáculo, torció hácia la izquierda i se halló de improviso en una diminuta caleta abierta entre los altos paredones de una profunda quebrada.

La playa reaparecia allí otra vez, pero mui corta i angosta. La arena de oro pálido se estendia como un tapiz finísimo en derredor del sombrío semicírculo que limitaba la ensenada.

La primera dilijencia de la madre fue buscar un sitio al abrigo de los rayos del sol donde colocar la criatura, lo que encontró bien pronto en la sombra que proyectaba un enorme peñasco cuyos flancos, húmedos aun, conservaban la huella indeleble del zarpazo de las olas.

Elejido el punto que le pareció mas seco i distante de la orilla del agua, desprendió de sus hombros el amplio rebozo i arregló con él un blando lecho al dormido pequeñuelo, acostándolo en aquel nido improvisado con amorosa solicitud para no despertarle.

Mui desarrollado para sus diez meses, el niño era blanco i rollizo con grandes ojos velados en ese instante por sus párpados de rosa finos i trasparentes.

La madre permaneció algunos minutos como en extásis devorando con la mirada aquel bello i gracioso semblante. Morena, de regular estatura, de negra i abundosa cabellera, la jóven no tenia nada de hermoso. Sus facciones toscas, de líneas vulgares carecian de atractivos. La boca grande, de labios

gruesos poseia una dentadura de campesina blanca i recia i los ojos pardos un tanto hundidos eran pequeños, sin espresion. Pero cuando aquel rostro se volvia hácia la criatura, las líneas se suavizaban, las pupilas adquirian un brillo de intensidad apasionada i el conjunto resultaba agradable, dulce i simpático.

El sol mui alto sobre el horizonte inundaba de luz aquel oculto rincon de una belleza incomparable. Los flancos de la cortadura desaparecian bajo la enmarañada red de arbustos i plantas trepadoras. Dominando el leve zumbido de los insectos i el blando arrullo del oleaje entre las piedras, resonaba a intervalos en la espesura el melancólico grito del pitío.

La calma del océano, la inmovilidad del aire i la serena placidez del cielo tenian algo de la dulzura que se retrataba en la faz del pequeño i resplandecia en las pupilas de la madre, subyugada a pesar suyo, por la majia irresistible de aquel cuadro.

Vuelta hácia la ribera examinaba la pequeña playa delante de la cual se estendia una vasta plataforma de piedras que se internaba una cincuentena de metros dentro del mar. La superficie de la roca era lisa i bruñida, cortada por innumerables grietas tapizadas de musgos i diversas especies de plantas marinas.

Cipriana se descalzó los gruesos zapatos, suspendió en torno de la cintura la falda de percal descolorido, i cojiendo la cesta, atravesó la enjuta playa i avanzó por encima de las peñas húmedas i resbaladizas, inclinándose a cada instante para examinar las hen-

diduras que encontraba al paso. Toda clase de mariscos llenaban esos agujeros. La jóven con ayuda de un pequeño gancho de hierro desprendia de la piedra los moluscos i los arrojaba en su canasto. De cuando en cuando interrumpia la tarea i echaba una rápida mirada a la criatura que continuaba durmiendo sosegadamente.

El océano asemejábase a una vasta laguna de turquesa líquida. Aunque hacia ya tiempo que la hora de la bajamar habia pasado, la marea subia con tanta lentitud que solo un ojo ejercitado podia percibir cómo la parte visible de la roca disminuia insensiblemente. Las aguas se escurrian cada vez con mas fuerza i en mayor volúmen a lo largo de las cortaduras.

La mariscadora continuaba su faena sin apresurarse. El sitio le era familiar i, dada la hora, tenia tiempo de sobra para abandonar la plataforma antes que desapareciera bajo las olas.

El canasto se llenaba con rapidez. Entre las hojas trasparentes del luche destacábanse los tonos grises de los caracoles, el blanco mate de las tacas i el verde viscoso de los chapes. Cipriana con el cuerpo inclinado, la cesta en una mano i el gancho en la otra, iba i venia con absoluta seguridad en aquel suelo escurridizo. El apretado corpiño dejaba ver el nacimiento del cuello redondo i moreno de la mariscadora, cuyos ojos escudriñaban con vivacidad las rendijas, descubriendo el marisco i arrancándolo de la aspera superficie de la piedra. De vez en cuando se

enderezaba para recojer sobre la nuca las negrísimas crenchas de sus cabellos. I su talle vasto i desgarbado de campesina destacábase entónces sobre las amplias caderas con líneas vigorosas no escentas de gallardía i esbeltez. El cálido beso del sol coloreaba sus gruesas mejillas i el aire oxijenado que aspiraba a plenos pulmones hacia bullir en las venas su sangre jóven de moza robusta en la primavera de la vida.

El tiempo pasaba, la marea subia lentamente invadiendo poco a poco las partes bajas de la plataforma, cuando de pronto Cipriana, que iba de un lado para otro afanosa en su tarea, se detuvo i miró con atencion dentro de una hendidura. Luego se enderezó i dió un paso hácia adelante; pero casi inmediatamente jiró sobre si misma i volvió a detenerse en el mismo sitio. Lo que cautivaba su atencion obligándola a volver atras, era la concha de un caracol que yacia en el fondo de una pequeña abertura. Aunque diminuto, de forma estraña i rarísima, parecia mas grande visto a traves del agua cristalina.

Cipriana se puso de rodillas e introdujo la diestra en el hueco, pero sin éxito, pues la rendija era demasiado estrecha i apenas tocó con la punta de los dedos el nacarado objeto. Aquel contacto no hizo sino avivar su deseo. Retiró la mano i tuvo otro segundo de vacilacion, mas el recuerdo de su hijo le sujirió el pensamiento de que seria aquello un lindo juguete para el chico i no le costaria nada.

I el tinte rosa pálido del caracol con sus tonos iri-

sados tan hermosos, destacábase tan suavemente en aquel estuche de verde i aterciopelado musgo que, haciendo una nueva tentativa, salvó el obstáculo i cojió la preciosa concha. Trató de retirar la mano i no pudo conseguirlo. En balde hizo vigorosos esfuerzos para zafarse. Todos resultaban inútiles: estaba cojida en una trampa. La conformacion de la grieta i lo viscoso de sus bordes habian permitido con dificultad el deslizamiento del puño a traves de la estrecha garganta que, ciñéndole ahora la muñeca como un brazalete, impedia el paso a la mano endurecida por el trabajo.

En un principio, Cipriana solo esperimentó una leve contrariedad que se fué transformando en una cólera sorda a medida que trascurria el tiempo en infructuosos esfuerzos. Luego una angustia vaga, una inquietud creciente fué apoderándose de su ánimo. El corazon precipitó sus latidos i un sudor helado le humedeció las sienes. De pronto la sangre se paralizó en sus venas, las pupilas se agrandaron i un temblor nervioso sacudió sus miembros. Con ojos i rostro desencajados por el espanto, habia visto delante de ella una línea blanca, movible, que avanzó un corto trecho sobre la playa i retrocedió luego con rapidez: era la espuma de una ola. I la aterradora imájen de su hijo arrastrado i envuelto en el flujo de la marea se presentó clara i nítida a su imajinacion. Lanzó un penetrante alarido que devolvieron los ecos de la quebrada, resbaló sobre las aguas i se desvaneció mar adentro en la líquida inmensidad.

Arrodillada sobre la piedra, se debatió algunos minutos furiosamente. Bajo la tension de sus músculos sus articulaciones crujian i se dislocaban, sembrando con sus gritos el espanto en la poblacion alada que buscaba su alimento en las proximidades de la caleta: gaviotas, cuervos, golondrinas de mar alzaron el vuelo i se alejaron presurosos bajo el radiante resplandor del sol.

El aspecto de la mujer era terrible: las ropas empapadas en sudor se habian pegado a la piel; la destrenzada cabellera le ocultaba en partes el rostro atrozmente desfigurado; las mejillas se habian hundido i los ojos despedian un fulgor estraordinario. Habia cesado de gritar i miraba con fijeza el pequeño envoltorio que yacia en la playa tratando de calcular lo que las olas tardarian en llegar hasta él. Esto no se haria esperar mucho, pues la marea precipitaba ya su marcha ascendente i mui pronto la plataforma sobresalió apenas unos centímetros sobre las aguas.

El océano hasta entonces tranquilo, empezaba a hinchar su torso i espasmódicas sacudidas estremecian sus espaldas relucientes. Curvas lijeras, leves ondulaciones interrumpian por todas partes la azul i tersa superficie. Un oleaje suave con acariciador i rítmico susurro comenzó a azotar los flancos de la roca i a depositar en la arena albos copos de espuma que, bajo los ardientes rayos del sol, tomaban los tonos i cambiantes del nácar i del arco íris.

En la escondida ensenada flotaba un ambiente de paz i serenidad absolutas. El aire tibio, impregnado

de las acres emanaciones salinas, dejaba percibir a través de la quietud de sus ondas el leve chasquido del agua entre las rocas, el zumbido de los insectos i el grito lejano de los halcones de mar.

La jóven quebrantada por los terribles esfuerzos hechos para libertarse, jiró en torno sus miradas imploradoras i no encontró ni en la tierra ni en las aguas un ser viviente que pudiera prestarle ausilio. En vano clamó a los suyos, a la autora de sus dias, al padre de su hijo que allá detrás de las dunas aguardaban su regreso en el rancho humilde i miserable. Ninguna voz contestó a la suya i, entónces, dirijió su vista hácia lo alto i el amor maternal arrancó de su alma inculta i ruda, torturada por la angustia, frases i plegarias de elocuencia desgarradora:

—¡Dios mio, apiádate de mi hijo; sálvalo; socorrélo... ¡Perdon para mi hijito, Señor! ¡Vírjen Santa, defiéndelo...! Toma mi vida; no se la quites a él! ¡Madre mia, permite que saque la mano para ponerlo mas allá!... ¡Un momento, un ratito no mas... ¡Te juro volver otra vez aquí... ¡Dejaré que las aguas me traguen; qué mi cuerpo se haga pedazos en estas piedras; no me moveré i moriré bendiciéndote! ¡Vírjen Santa, ataja la mar; sujeta las olas; no consientas que muera desesperada... ¡Misericordia, señor! ¡Piedad, Dios mio! Oyeme, Vírjen Santísima! ¡Escúchame, madre mia!

Arriba la celeste pupila continuaba inmóvil, sin una sombra, sin una contraccion, diáfana e insondable como el espacio infinito.

La primera ola que invadió la plataforma arrancó a la madre un último grito de loca desesperacion. Despues solo brotaron de su garganta sonidos roncos, apagados como estertores de moribundo.

La frialdad del agua devolvió a Cipriana sus enerjías, i la lucha para zafarse de la grieta comenzó otra vez mas furiosa i desesperada que ántes. Sus violentas sacudidas i el roce de la carne contra la piedra habian hinchado los músculos, i la argolla de granito que la aprisionaba pareció estrecharse en torno de la muñeca.

La masa líquida subiendo incesantemente, concluyó por cubrir la plataforma. Solo la parte superior del busto de la mujer arrodillada sobresalió por encima del agua. A partir de ese instante los progresos de la marea fueron tan rápidos que mui pronto el oleaje alcanzó mui cerca del sitio en que yacia la criatura. Trascurrieron aun algunos minutos i el momento inevitable llegó. Una ola, alargando su elástica zarpa, rebalsó el punto donde dormia el pequeñuelo, quien, al sentir el frio contacto de aquel baño brusco, despertó, se retorció como un gusano i lanzó un penetrante chillido.

Para que nada faltase a su martirio, la jóven no perdia un detalle de la escena. Al sentir aquel grito que desgarró las fibras mas hondas de sus estrañas, una ráfaga de locura fulguró en sus estraviadas pupilas, i así como la alimaña cojida en el lazo corta con los dientes el miembro prisionero, con la hambrienta boca presta a morder se inclinó sobre la pie-

dra; pero aun ese recurso le estaba vedado; el agua que la cubria hasta el pecho obligábala a mantener la cabeza en alto.

En la playa las olas iban i venian alegres, retozonas, envolviendo en sus pliegues juguetonamente al rapazuelo. Habíanle despojado de los burdos pañales, i el cuerpecillo regordete sin mas traje que la blanca camisilla rodaba entre la espuma, ajitando desesperadamente las piernas i brazos diminutos. Su tersa i delicada piel, herida por los rayos del sol relucia, abrillantada por el choque del agua i el roce áspero e interminable sobre la arena.

Cipriana con el cuello estirado, los ojos fuera de las órbitas, miraba aquello estremecida por una suprema convulsion. I en el paroxismo del dolor, su razon estalló de pronto. Todo desapareció ante su vista. La luz de su espíritu azotada por una racha formidable se estinguió i, mientras la enerjía i el vigor aniquilados en un instante cesaban de sostener el cuerpo en aquella forzada postura, la cabeza se hundió en el agua, un leve remolino ajitó las ondas i algunas burbujas aparecieron en la superficie tranquila de la pleamar.

Juguete de las olas, el niño lanzaba en la ribera vajidos cada vez mas tardos i mas débiles que el océano, como una nodriza cariñosa, se esforzaba en acallar redoblando sus abrazos, modulando sus mas dulces canciones, poniéndolo ya boca abajo o boca arriba i trasladándolo de un lado para otro siempre solícito e infatigable.

Por último los lloros cesaron: el pequeño habia vuelto a dormirse i aunque su carita estaba amoratada, los ojos i la boca llenos de arena, su sueño era apacible; pero tan profundo que, cuando la marejada lo arrastró mar adentro i lo depositó en el fondo, no se despertó ya mas.

I mientras el cielo azul estendia su cóncavo dosel sobre la tierra i sobre las aguas, tálamos donde la muerte i la vida se enlazan perpétuamente, el infinito dolor de la madre que, dividido entre las almas, hubiera puesto taciturnos a todos los hombres, no empañó con la mas leve sombra la divina armonia de aquel cuadro palpitante de vida, de dulzura, paz i amor.

VÍCTOR DOMINGO SILVA

El Ladron de Flores

El ladron de flores

I

Lo conocian todos, pero nadie sabia
quién era el pobre huérfano. Hacia mas de un año
que erraba por los campos con su melancolía,
hostil a todo el mundo, i a todo el mundo estraño.

Feo, triston, escuálido, torcido i contrahecho,
no era para dar gusto ni para ser querido.
Asustaban sus negros ojillos en acecho,
causaba horror su aspecto perplejo i aturdido.

Algunas malas lenguas decian que una bruja
le habia amamantado. Como quiera que sea,
lo cierto es que lo odiaban; i mas de algun granuja,
tan ruin como él, solía jugarle bromas tales
que se reian todos los chicos de la aldea,
juzgándolo gracioso como Pedro Urdemales.

Vivia en el arroyo. Vagaba. Era un mendigo.
¿Qué quereis? Era pobre, no tenia un amigo.
Errante i miserable caterva de jitanos
dejóle un dia al borde del pueblo. Unos aldeanos
medio ebrios le encontraron: volvian de la feria
con la bolsa repleta, i enternecidos, buenos
talvez, se condolieron de su oscura miseria
i diéronle un refujio para dormir, al ménos.
Hijo talvez del crímen, deforme, enclenque i magro,
si nació en el misterio, vivió por un milagro.

Un dia el ciego instinto de raza, el ansia inquieta
de andar, de verlo todo, le echó por los caminos.
Se irguió tras los cercados su trájica silueta,
ladráronle los perros, le hirieron los espinos.

Jitano al fin, cumplia la lei fatal. Echado
al pié de algun arbusto quedábase extasiado,
miéntras cientos de pájaros, señores del paisaje,
rompian a su lado la ajitacion del vuelo
i arrullaban sus sueños de pequeño salvaje
libre bajo la bóveda infinita del cielo.

II

Aquel menesteroso de piernas retorcidas
de ancha i horrible boca i espaldas corvas, era
un soñador de estrañas cosas desconocidas,
un alma abierta al soplo de eterna primavera.

Idólatra del viento, del sol, de los colores,
encanto de la vida, decia: Yo te adoro!
al campo, con sus fiestas de pájaros i flores;
al cielo con sus triunfos de púrpura i de oro.

De alba partia. Nadie supo jamas su rumbo.
¿Lo supo acaso él mismo? Léjos, mui léjos, iba
a oir de los insectos el frenético zumbo
por sobre el charloteo del agua fujitiva.

Cuando la tarde llena de místicos sonrojos,
teñia el horizonte de un fulgor lejendario,
sentia una ala de ánjel pasar ante sus ojos....
Se engrandecia entónces su ensueño solitario.

Buscaba por la noche las granjas mas lejanas,
los bosques mas sin ruido, las sendas mas sin huellas,
i solo con su sombra juntábase a las ranas
en una inverosímil cancion a las estrellas...

Pero su amor, su inmensa pasion, eran las flores.
Todas a un tiempo, todas: las dobles, las sencillas,

las raras, las vulgares... En formas i en colores
para su amor cien flores eran cien maravillas.

Silvestres o de huerta, le seducian todas:
las rosas voluptuosas, los cardos agresivos
e impávidos, los castos azahares de las bodas,
las tímidas violetas, los juncos pensativos.

Amaba a los claveles por su alegría. A solas
soñaba en la apoteósis de entrevistos jardines:
senderos orillados de lirios i amapolas,
arcos de enredaderas cuajados de jazmines.

Cierta ocasion, cansado de andar hasta el estremo
de quedarse dormido sobre unos alcanfores,
soñó que, vuelto un rubio i enorme crisantemo,
reinaba como príncipe en un pais de flores.

¡Oh! príncipe magnífico! Gardenias, lilas, nardos
guardaban sus hechizos para la real persona,
i eran corolas gráciles i cálices gallardos
prestijio de su reino i honor de su corona.

Su Majestad el príncipe buscaba entre la flora
a quien brindar la gloria del beso consagrado;
i como se casara con una flor pastora
fueron felices todos durante su reinado.

A veces, arrastrado de su pasion por ellas,
soñaba... Le atraian los vagos esplendores

del cielo decorado por un millon de estrellas...
I aquel millon de estrellas era un millon de flores

O bien, bajo el profundo cielo crepusculario,
las nubes matizadas de tintes espectrales,
ante su fantasía de amante visionario
tomaban el aspecto de flores colosales...

Estraño amor! No en vano la jente lo tenia
por loco. ¡Cuántas veces le hallaron los pastores,
en actitud de humilde i ardiente idolatría
postrado de rodillas ante un monton de flores!

Libre como las nubes, sin Dios, sin lei, sin amo
saltaba por las zanjas, hurgaba entre las ruinas,
bajaba hasta las grutas por enlazar un ramo
o armar una guirnalda de flores campesinas.

Jamas ningun idilio fué tan ardiente i puro!
Jamas amante alguno gozó con sus amores
como él cuando en las greñas de su cabello oscuro
llevaba todo un íris desmenuzado en flores!

III

Andando, andando un dia de sol, campo traviesa,
se halló sin saber cómo frente al jardin mas bello.
El pobre jitanillo, trémulo de sorpresa,
sacó lo mas que pudo, de la joroba, el cuello.

Qué hermoso! Cuántas flores abiertas de improviso!
Gallardas, finas, tersas, al viento estremecidas.
Mas bello no seria sin duda el paraíso...
Qué hermoso! Cuántas flores por él desconocidas!

Azules, rojas, blancas, esbeltas como manos
de mujer .. I aquel garbo jentil de las corolas
Pompones jigantescos en vástagos enanos...
Oh! si él pudiera entre ellas estar, por fin, a solas!

Solo un momento, apenas para tocar algunas...
Besarlas, adorarlas, embriagarse con ellas,
dejar de hablar con todas para alternar con unas,
dejar de admirar a éstas para besar aquéllas!

Midió de una ojeada la alta reja de hierro.
—Bah!—dijo, —soi un pobre poltron si no me subo...
Estaba solo... Léjos debia hallarse el perro
puesto que no ladraba. Dió un salto i se detuvo.

Ya en lo alto de la reja temblaba, vacilante,
como sobrecojido de angustiosos temblores.

Pero, resuelto al cabo, saltó i en un instante
se halló perdido en medio de sus gloriosas flores.

¿A qué pintar el gozo de aquel azota-vias,
humilde caballero de la triste figura?
Fué aquel como un escape de sordas alegrias,
brusca esplosion de jestos i gritos de locura.

Iba i venia, loco, sin tiento, alucinado.
Reíase, lloraba, caía de rodillas.
Volvia como en sueños de un lado i otro lado...
¡Jamas soñar pudiera con tantas maravillas!

Pero de pronto un golpe le hizo lanzar un grito
de dolor. Empujándolo con sus robustos brazos
el rudo jardinero gritábale:—Ah, maldito,
maldito!—i le asestaba feroces latigazos.

El quiso huir entónces, pedir perdon.. Idea
tan pobre como vana. Tenaz el jardinero
le daba, maldiciendo de esa mala ralea
de vagos. Toma, toma—decia—por ratero!

Criados i criadas acudieron al ruido.
I hasta un mastin, ufano de sus recias quijadas,
al ver aquel pingajo tan sucio i mal traido
pensó que era lo justo matarlo a dentelladas.

I todos, bestias i hombres, se unieron. Con un lujo
de crueldad le arrastraron por el floreado suelo.

Uno mas chusco dijo:—Pues, calla! Si es el brujo...
I le dió de patadas para que echara el vuelo.

Por muerto le dejaron. A rastras con su jiba,
ensangrentado, lívido, partió, pidiendo apoyo
a las piedras, mas blandas que sus verdugos: iba
a morir, i buscaba su sitio en el arroyo.

Murió sin dar un grito. Sólo con sus angustias,
nadie cerró sus ojos. Amigo fiel del paria,
tan sólo un polvoriento ramo de flores mústias
oyó el murmullo agónico de su última plegaria.

AUGUSTO HALMAR

Via-Crucis

Via-Crucis

Père Valentin dijo «adios» una vez mas, pero tampoco obtuvo respuesta; ensimismada en su pena la hija no le habia visto salir ni le oia despedirse. Entónces entornó la puerta con igual sijilo que si abandonara la alcoba de un enfermo i se encontró en el cerro dividido por profunda quebrada a cuyos bordes colgaban las viviendas como otras tantas jaulas de pájaros. Repechábalo jadeante el terral, haciendo palpitar entre la niebla las llamas de los faroles i sobre el cielo del crepúsculo la luna aun sin brillo parecia un trozo de escarcha a punto de deshacerse.

La niebla descendia juntamente con la sombra; formaban un velo tenue que iba amortiguando ruidos i colores... i el anciano se detuvo para orientarse ántes que se hiciera la noche.

De pronto se llevó con precipitacion las manos al pecho. ¡Nó, el legajo estaba ahí, ahí ese único testi-

monio de que habia sido un hombre i de que álguien le habia amado! El último lazo que lo retenia a la humanidad acababa de romperse. Su vida estaba vivida i como símbolo de que ya no era sino un alma en pena, los recuerdos constituian su bagaje.

Eso i su viejo cuerpo. —¡En marcha!—se dijo. Mas sus pies estaban cansados de aventurarse por los vericuetos del mundo, i cuando pensó que seria preciso darse prisa para llegar pronto, una voz apremiante se elevó en su alma.

—¿Pronto... dónde?—inquiria la voz. —¡Basta de caminar sin saber hácia qué parte!

Valentin trató de desentenderse. No queria sino retardar aquel careo consigo mismo que todo hombre viene aplazando de dia en dia. Se estrechó contra su paquete buscando un poco de calor i pensó que si ahora no era feliz, en el pasado lo habia sido.

—¿Cuando?—insistió la implacable voz.

—¡Bah!—su espíritu pareció encojerse de hombros. I trató de conformarse con una respuesta vaga. —¿Cuando?.... En cualquier tiempo del pasado.... ayer... ántes de ayer... ¡en cualquiera!

Pero comprendia a pesar de todo que la hora del juicio habia sonado: ¿a la espera de qué podria vivir aun? Una ráfaga restalló en sus oidos como fustazo irónico i a su contacto la inestinguible chispa habia prendido en su cerebro recubierto por los años como de una costra... Tuvo que apoyarse. Invadíalo el desaliento de toda una vida i concluyó abatiéndose en tierra.

Miró hácia lo alto. Pálida como un espejo empañado la luna ampliaba la soledad del cielo donde ahora flotaban algunos nubarrones, cuyo lastre de agua los atraia irremisiblemente a tierra. El viento subia la cuesta en remolinos i entre la neblina cada vez mas densa, los faroles no eran sino puntos rojos erizados de rayos. Un lívido sudario parecia descender sobre la tierra helada.

I ahora los oidos le zumbaban como caracoles llenos con el murmullo del océano. Se hacia preciso, pues, constituirse en tribunal, instruir un sumario, formular la sentencia i para ello debian comparecer los testigos. ¡Los testigos! Aun su voluntad no cedia i ya como por sobre una puerta derribada pasó la avalancha. Eran tantos que el viejo sintió miedo ante aquella humanidad desenfrenada que habia albergado sin saberlo,

¿Ayer?

Ayer lo arrojaron de donde alojaba sin dejarle sacar otro efecto que aquel legajo de cartas. Entónces fué cuando pensó en recurrir a su yerno. ¿Acaso no le debian gratitud? Dejó trascurrir una noche pasada a la intemperie en aquella plaza que venia frecuentando desde hace algunos dias, donde pernoctan todos los náufragos de tierra: allí los mendigos, los vagabundos i los desertores; allí los párias, los inválidos, los viciosos, los enfermos, los criminales, todos los libres, varados como un cardúmen, arrinconados por los cuatro vientos como un monton de hojas secas en el único sitio donde no se les empuja

para que dormidos con los ojos abiertos caminen la noche entera. Dejó trascurrir todo un dia, i sentado en los mismos bancos donde aguardan la suerte aquellos desheredados, él meditó el paso que iba a arriesgar. Desde que lo despidieron de la fábrica, no habia hecho sino comerse sus ahorros, rechazado de todas partes, i el miserable no podia ni aun acojerse a un hospicio, porque su cuerpo estaba sano i sano su espíritu, que amaba el aire libre. Debia olvidarse, pues, de que aquel yerno habia maltratado a su hija i a su nieto, que le habia prohibido llegarse a él por el hogar, i humildemente debia pedirle asilo.

I de allá tornaba ahora; pero sobre aquellos tambien pesaba la desgracia. El rapaz se les habia fugado, posiblemente en uno de tantos barcos como zarpan a toda hora con rumbos desconocidos... i el abuelo desandaba la jornada con ese nuevo dolor. ¡Dios mio! Su Delfin se habia aventurado ya en la vida.

Père Valentin se puso en pié con un esfuerzo desesperado i reanudó su descenso. La noche i la bruma habian cerrado. De cuando en cuando con ruido apagado se deslizaban junto a él formas vagas; pero un abismo infranqueable parecia aislar a cada hombre que caminaba tanteando como bajo el agua. Ya no se veian las luces a dos pasos de distancia i los postes de los faroles proyectaban en la atmósfera su sombra.

Posiblemente, no seria allí donde habia de buscar su felicidad, sino ántes, cuando aun no venia el nne

vo patron que lo habia puesto en la calle por inútil, cuando aun tenia un hogar en el de su paisano Quebec, el excelente breton a quien habia servido durante un cuarto de siglo i que ahora debia estar por llegar a la patria. Rico i próspero acabaria sus dias en el sosiego, miétras tanto que él... ¿Por qué el destino trata de un modo tan diverso a sus hijos? ¿Acaso no habia trabajado lo mismo? La jubilacion que para aquel era descanso, para este venia a ser miseria. No para ponerlo en el pesebre se desengancha al mulo viejo que hacia jirar la piedra del molino; en cambio el molinero...

Otra vez la fatiga lo rindió. No habia comido desde la víspera. El legajo le abrumaba como un fardo. Sobre la cuneta del sendero se dejó caer pesadamente.

Postrado con la cabeza baja, toda la sombra de aquel cielo ceniciento, como sucio de aceite, parecia gravitar sobre sus hombros. I la neblina se condensaba en torno suyo, como si alguna araña colosal le aprisionase en su tela.

Pensó en un tiempo anterior todavía.

...Cuando en pos de una copiosa comida, con los labios irritados por la copita de aguardiente de los postres se retiraba a su albergue. La pipa entre dientes, las manos en los bolsillos, caminaba arrastrando los pies por el maderámen del malecon i sus ojos entrecerrados distinguian apénas los mástiles i los faroles de las flotas i a sus tardos oidos llegaba mui débil el incesante rumor de la resaca. Entónces gus-

tábale pensar en su Bretaña, porque este pensamiento ponia un dejo de melancolía en su bienestar soñoliento i pensaba pero de un modo vago, en todas aquellas cosas que no volveria a ver.

¿Ahí, en esa inconciencia colocaria su dicha? Sólo al principio, cuando el viento remecía su puerta por la noche, como si álguien llamase, sólo al principio levantaba la cabeza lleno a la par de zozobra i de esperanza. ¿Colocaria su dicha en esa vida que duró veinte años, quieta como un agua muerta?

Alguien tropezó con él i se alejó rezongando. El viejo se incorporó i echó a andar con la cará al viento que como una culebra hacia zigzags i silbaba malignamente... Una pendiente es interminable; desciende, desciende i no pudiera decirse adonde conduce: comienza arriba, es áspera, concluye bruscamente abajo, he ahí todo.

Pero ahora al hombre le obsesionaba la idea de fijar cuándo habia sido feliz. La vida huia como una ribera i no paraba nunca; pero él estaba seguro de haber tocado en un puerto, mas aun, de haber desembarcado en él.

Esta vez tropezó él mismo. No esperaba sino eso, caer para abandonarse. El peso de la carga que llebaba sobre su corazón lo atraia a tierra: i luego, si está cansado, ¿por qué resistir a la invitacion de aquel amplio regazo dispuesto eternamente? ¡Bendita la tierra!

Recordó el dia en que avistaron este puerto, donde encalló su alma. Entónces él era contra-maestre

a bordo de un barco que paseaba por los mares australes la insignia tricolor. Tenia una mujer en Ploermel i un hijo; tambien tenia a su madre archi-vieja i cosidas a su faja de marino muchas brillantes monedas con que edificaria una casita a su regreso. Bajaron a tierra con otros marineros; pero entre la jente del bajo puerto él perdió su silbato de maniobras sin el cual no podia presentarse a bordo i busca que te busca se perdió él mismo. Una criolla lo retuvo; talvez no era jóven i bien puede que fuera fea. El la amó con odio. Su vida conyugal fué un infierno que duró cinco años. Entretanto en Bretaña dos mujeres i un niño escudriñarian vanamente el horizonte del mar.

Cuando la mujer murió dejándole una hija, Valentin pensó en repatriarse; pero ya no le atraia la vida libre del mar, en él habia algo del ponton. Estaba con Mr. Quevec en su taller de molduras, era el mas hábil dorador i se dijo «esperaré hasta que haya vuelto a poner algunos ahorros en el cinturon.» Escribió a su mujer i no obtuvo respuesta. Un dia supo que su hijo se habia alistado en la marina; nada mas ni para qué, cuando si queria figurarse lo que seria su existencia aventurera le bastaba con recordar la suya propia.

Nunca mas veria la Bretaña. De allá no esperaba nada. El hijo era un hombre, una anciana la esposa, la madre habia muerto. Nostaljia, angustia, ánsia, desencanto, cansancio, hé ahí la vida.

Pasaron diez años; Cármen su niña tenía quince

i él la amaba por todos los afectos que había perdido. Un dia vinieron a pedírsela; el pretendiente no inspiraba confianza i como lo desairara otro dia al volver del trabajo halló la casa vacía. Unicamente despues de dos años se avino a conocer al nieto que desde entonces pasó a ser su ídolo. ¡El tambien le habia abandonado ahora! ¿Qué maldicion trasmitia a los suyos, todos vagabundos del mar acerbo o de la tierra impía?

Parecia que el cielo podria alcanzarse con la mano. La camanchaca se habia ido disipando i comenzaban a distinguirse los objetos pero las aceras brillaban como pizarras al reflejo del alumbrado. Valentin se dió cuenta de que había bajado al plan; desde allí la ciudad se estendia como algo negro donde las babosas hubiesen entrecruzado brillantes rastros.

*
* *

Otra época había, anterior, que bien pudo ser feliz; recien su matrimonio, cuando vivia en la espera de algo indeterminado; cuando por cada vapor recibia alguna carta de Bretaña—todas estaban allí, i el viejo golpeó su pecho.—Despues, por la noche, afirmado en la borda o tendido en su coi se largaba a soñar con aquella mujercita dulce i resignada que su madre le habia buscado i que conociera apenas durante el mes que se llevó a cabo la boda ¿sería élla lo que él habia esperado? Las cartas le seguian has-

ta el radioso Cuerno de Oro, hasta los refujios del Norte donde invernaba su nave i hasta los mares de la China... ¡Ah! ¡Qué de cosas había visto con aquellos ojos que ahora se hundian en el cerrado firmamento! I por doquiera los mismos hombres con iguales pasiones como si no hubiese salido de su Ploermel.

¿I tu espera? - murmuró en su alma la voz irónica. —¿Cómo es posible que hayas vivido remitiendo tu dicha a un muerto punto del pasado? Talvez seria en tu adolescencia...

—¡Ah! ¡Nó!—protestó Valentin echando a andar como si quisiera huir de sus recuerdos de grumete i de gaviero... El servilismo impuesto, el disimulo inculcado, el odio contra los compañeros jerminando espontáneamente bajo aquel réjimen inhumano, obligado a sofocar la alegría i la esperanza como todo sentimiento injénito, con el vértigo en la cabeza i en el corazón, ya iniciado en los bajos placeres, quemaba en boton su adolescencia... ¡Ah, no! En tal caso mas bien escudriñar la infancia.

Estaba ya en medio de la ciudad. Era la hora en que los comerciantes vuelven a sus hogares i como si le hubiesen llamado la atencion, levantó la vista: «Antiguo almacen de molduras de Quevee. Lombardi, sucesor»; se leia en una muestra dorada i vió como un obrero con largo mandil manchado de yeso i oro ajustaba los tableros a la vitrina. Lo consideró con curiosidad como si él mismo no hubiese cargado aquel uniforme durante la mitad de su exis-

tencia. Despues irguió su talla i aspiró ruidosamente el aire.

Siguió mas adelante. Aquella calle sabia él que desembocaba en el club de miserias donde habia dormido la noche anterior. Angosta como un verdadero cauce destinado a arrastrar desperdicios, hasta el viento parecia atravesarla de prisa i con recelo. Esta otra llevaba al mar; ya se sentia saturado el aire de emanaciones salobres; por ella tomó i no tardó en salir a la esplanada, tan ancha que a pesar de sus numerosos faroles quedaba casi a oscuras talvez por la proximidad misteriosa del mar cuyo rumor arreciaba. Aunque la neblina hubiese desaparecido, la noche era realmente lóbrega. Habia pocas estrellas i demasiadas nubes i ocultándose entre ellas, surjiendo bruscamente por sus desgarrones, la luna parecia estraviada tambien en aquel vertijinoso infinito.

La bahia dormia. Se aproximó i de codos en el pretil abarcó la inmensidad sin ver. En su cerebro dominaban otras imájenes. Como por arte de majia se veia niño, acostado en el fondo de un armario enorme. Junto a la chimenea una mujer vestida de negro con su cofia blanca, hunde su mirada en las ascuas mortecinas como si removiese la ceniza de sus recuerdos. En la landa se siente caer la lluvia. Domínalo el miedo i bien quisiera llamar, pero aquella mujer que es su madre le ha ordenado dormirse. Nunca le habla sino para hacerlo que calle durante el dia i por la noche que duerma. El sabe que desde

años ella vela así como una vírjen prudente porque espera al esposo, que no ha vuelto... i que no volverá.

Un frio glacial sobrecojió al viejo al recuerdo de esta infancia sin sol ni alegría. Tambien su padre habia partido a distantes viajes i tambien su barco regresó sin él. Se habia quedado en algun punto de la tierra i la tierra, mas avara que el mar, ni el cadáver devuelve de aquellos que se traga.

Entónces Valentin cruzó los brazos sobre el pecho i anduvo, se habia roto en él algo como la cuerda de un reloj. ¿Era posible que una espera vana hubiese entretenido aquella larga existencia hasta hacer que no arrojase ningun resto de felicidad?

Anduvo por la orilla del mar a todo lo largo de aquel malecon erizado de máquinas de trabajo como grandes instrumentos de suplicio, poblado en el dia por los jornaleros, los traficantes, los revisores de aduana, por una multitud cosmopolita insignificante como un hormiguero junto a la inmensidad que perpetuamente alterada viene a ser el corazon del mundo. Anduvo, anduvo. ¡Qué camino tan largo, tan solitario, tan fatigoso, a traves de tanta negrura debia recorrer esa noche. ¡Diríase el que conduce a la eternidad!

Frente a él, tras de él, por todos lados, fulguraba la parte de ciudad edificada en los cerros. Cada casita, cada luz, era una miseria, un sufrimiento anónimo i desamparado, perdido en la noche ciega i sorda... ¡Qué pobre inventiva la del que hizo la vida! ¡Sufrir i sufrir! ¿No valia mas morirse de una vez?

I a proa i a popa de los barcos, reflejándose en el agua, brillaban otras luces, otras existencias cautivas; prisioneros errantes que van tomando i dejando un poco de dolor en cada puerto que tocan; gaviotas que llevan mui léjos, a las playas mas áridas, la simiente envenenada. Sobre todo se tendia el firmamento como un manto de indiferencia bajo el cual podian cometerse impunemente todas las injusticias i los crímenes.

El viento aullaba. ¿De dónde venia? ¿Qué era? ¡Talvez el jemido de esa humanidad... talvez el soplo de la desgracia!... El viento volaba condenado tambien a un eterno éxodo i así, de paso, referia fragmentos de naufrajios i muertes... Sinembargo el viejo marino con los ojos fijos en la inmensidad negra del Pacífico se preguntó que mas tenia un naufrajio que su vida. ¿Por qué compadecer tanto a los que zozobran enmedio del mar? ¿I para los que se debaten con la tierra al cuello no hai piedad? ¡Morir! Era dulce dejarse llevar por la corriente cuando se habia bregado en vano. I la dulzura de morir se le representó inefable, como un supremo premio ganado a costa de inauditos sacrificios.

¿Que le embarazaba tanto? ¡Ah, sí, los papeles! Pensó en ellos como en algo ajeno. ¿Por qué habia cargado aquel fardo estraño e inútil? Lo estrajo del pecho i con cólera lo arrojó al abismo.

Atras de él oscilaban los últimos amarillentos mecheros del camino a Playa-ancha. El faro parpadeó a lo léjos... ¡Playa de descanso i de seguridad! Arriba

el Campo-Santo era como un albo distrito de pescadores i como otro faro la cruz de piedra que lo congrega. Una paz inmensa pesaba sobre la tierra repleta de podredumbre, tierra que el viento araña con su rastrillo para descubrir si blanquean ya los huesos de tantos i tantos náufragos como hai sepultados en ella. Abajo el mar de la vida seguia i seguia cubriendo con sus despojos la arena.

Valentin se detuvo. Habia andado como sonámbulo i no sentia hambre ni cansancio. Su cuerpo estaba ahora liviano i lijero, libre de una carga inmensa. Se sentó al pié de una roca i contempló la noche i el mar.

I esas dos potencias hablaron a su alma en el lenguaje ignoto que toman las cosas para entenderse con los que van a dejar la tierra.

¿Cuál es tu tierra?—le preguntaban—¿Es acaso la Bretaña austera, donde una mujer ha sido viuda sin llevar las tocas de la viudez?

¡Vuelve, i sabrás si te acoje! ¿Es el mar inmenso por el cual vaga a estas horas el hijo tuyo, caso que no le haya brindado lecho su seno maravilloso? ¡Llámale, i veras si reconoce tu voz! ¿O es el suelo donde yace tu querida i donde nació la hija infeliz? ¡Ya podia reposar tranquilo el fatigado nómade sin el temor de que hubiera sido estéril su paso por este mundo o de que fuese olvidado! Una descendencia de galeotes se esparciria por la tierra estranjera como áspera vejetacion! El primer retoño comenzaba a

maldecir la hora en que fué concebido i con sólo renegar de la vida ya recordaba al abuelo.

Un inmenso desfallecimiento se apoderó de él: ¿Para qué habrá vivido? ¿Quién nos ha encomendado la nefasta mision, que venimos a cumplir en este valle perpetuando la raza maldita?

A su espalda la cadena de los cerros se estendia como un muro sin salida, como una pregunta sin respuesta; delante se ensanchaba el agua como un ensueño, como un deseo, como una esperanza, como una promesa ilimitada.

Lentamente se alzó. Se despojaba de sus ropas sin prisa i le parecia dejar en ella su cárcel. Surjia ájil, como una mariposa de su envoltura. Volvía a encontrarse desnudo como el dia que entró en la existencia, sólo que oscuros i grotescos tatuajes manchaban sus brazos hasta los hombros... Entónces comprendió vagamente que la naturaleza era libre i hermosa, pero que estraviado el sentido de la verdad el hombre la deformaba i la aherrojaba: ¡Era el hombre! ¡Ponia su estigma en todo! ¡Cubria la forma primitiva oprimiendo con trapos el pecho ámplio, fajando las piernas con las vendas que impone a las momias!... ¡En cada cuerpo se podria un alma!

¿Quién podria lavarlo ahora del fango de que salia, borrar de su carne el infamante sello de esclavitud, restituirle su naturaleza?... Alzó los brazos i se dejó caer en la noche i el agua con un golpe violento.

Nadó a grandes brazadas; parecia un náufrago que se esfuerza por alcanzar un bajel fujitivo o un

islote imajinario. En medio al océano la boya del Buei jemia como una bestia abandonada en el yermo. Nadó hácia ella entre la oscuridad guiándose por su desolado mujido. I arriba la luna salia de una nube para entrar en otra, náufraga ella tambien en aquel cielo borrascoso.

De pronto vuelto en sí talvez por la frialdad del agua, el marinero recobró la nocion de la realidad i como quien hubiese vuelto bajo una sujestion se sorprendió de hallarse en medio del mar nadando hácia un punto incierto. Tuvo miedo i el instinto de conservacion lo hizo recojer sus fuerzas.—Es preciso volver, pisar en tierra firme, vestirse con las ropas desechadas—pensaba.—¿Qué seria sino de Cármen? —Tambien pensó en el paisano que iba a toda vela hácia las costas bretonas... Sin embargo seguia avanzando como si aun no tuviese poder sobre sus actos.

—¡Es preciso volver!—dijo en alta voz—algo se me espera todavía...—Una ola arrollándole casi lo habia hecho tragar una salobre bocarada.—¡Es preciso volver!—repitió en voz mas alta, pero las palabras nacian muertas. Sus ojos se volvieron con ánsia i el escalofrio de la muerte inevitable le sobrecojió: entre la negrura no se veia ya la playa sino apénas la cadena de los cerros sombria i turjente como el montículo de tierra que pudiera cubrir un cadáver de jigante... bajo su cuerpo el abismo se hundia, insondable.

¡Dios mio, Dios de piedad!—imploró en su alma un terror ajeno.

Ahora la provision que hiciera de cansancio lo poseia por entero. Dejó de mover un brazo para reponerse i el agua tornó a cubrirle; despavorido, gritó; próximo, entre la noche interminable, respondió el alarido de la boya que tambien pedia socorro.

Un aletazo de terror le hizo perder el sentido por breves segundos. El cielo estaba mas entoldado i la luna parecia haber desistido de luchar contra las nubes; entónces él se abandonó a las olas.

Bastó mui poco: primero zambullóse un instante i gorgoriteó en su garganta el gluc-gluc de una botella inmerjida en el agua; las ansias de la agonía lo hicieron salir a flote de nuevo, pero no tardó en hundirse i esta vez debia ser para siempre.

El mar i el cielo se confundian ¡tan negras eran las nubes i las olas! Parecia que la naturaleza no fuera sino el caos o la nube misma.

En la tiniebla la boya del Buei volvió a crujir desoladamente. Comenzaba la lluvia.

MANUEL MAGALLANES MOURE

La Carreta

La carreta

Por el camino interminable i blanco
bajo el fuego del sol; por el camino
que los vetustos álamos protejen
con sus ramajes largamente erguidos,
va la torpe carreta dando tumbos
i rechinando, como un mónstruo herido
que fuera lentamente, lentamente
arrastrando a lo largo del camino
el enorme dolor de su agonía.

Trémulos van los bueyes; abatidos
en la contemplacion del blanco suelo
que rozan con sus húmedos hocicos,
cuya baba, ahilándose, dibuja
en el polvo arabescos infinitos.

I ante las bestias mudas, siempre mudas
en su eterno tormento, entristecido
como sus bestias i como ellas mudo,
el carretero marcha pensativo
contemplando las huellas que dejaron
los que ántes que él cruzaron el camino.

A la sombra de un sauce, cuyos brazos
musculosos subian retorcidos
en actitud desesperada, el triste
convoi cesó de andar.
A un ronco grito
del carretero, los cansados bueyes
se detuvieron, i en señal de alivio,
alzaron sus cabezas taciturnos
en una brusca sacudida, que hizo
jemir el yugo prolongadamente.

Me acerqué al carretero. Él, abstraido,
levantaba los brazos, sosteniendo
la pica de colihue. Un cigarrillo
humeaba, colgando de sus labios.

Era un viejo aquel rudo campesino
i era un atormentado por la suerte.

Me refirió sus desventuras. Dijo
que venia del fondo de los campos
en marcha a la ciudad.
Llevaba al «niño»,
—i era dulce la voz del buen labriego—
moribundo de un mal desconocido,
e iba a dejarlo al hospital del pueblo.

Entónces advertí un leve suspiro
doloroso, surjiendo desde el fondo
de la inmóvil carreta.
Allí, tendido,
pálido i angustiado, estaba «el niño»,
un mozo de veinte años. Por su boca
entreabierta escapábase en silbidos
su aliento.
Mis miradas se apartaron
de aquel penoso cuadro i hallé fijos
en mí los ojos del labriego, i nunca,
¡nunca podré olvidar el infinito
dolor de aquellos ojos, que tenian
algo del dolor mudo e incisivo
que hai en los ojos de las bestias, cuando
veñ fulgurar la hoja del cuchillo!

Por el camino interminable i blanco

bajo el fuego del sol; por el camino
que los vetustos álamos protejen.
con sus ramajes largamente erguidos,
a pesada carreta fué alejándose...

Sobre los campos de maduro trigo
llameaba el sol alegremente, i era
como fiesta de luz, el áureo brillo
de las fecundas sementeras.
Léjos,
jemian tristemente los chirridos
de la carreta en marcha...

San Bernardc.

AMANDA LABARCA HUBERTSON

La torre de Santa Ireneia

La torre de Santa Ireneia

No es mi ánimo hacer una crítica razonada i profunda de la obra de Eça de Queiroz; mi único fin es darlo a conocer a aquellos que de él no saben, para cubrir así la deuda de gratitud con el poeta novelista que me ha enseñado a no desconfiar de la vida i a juzgar mas serenamente la bondad de los tiempos en que vivimos.

Epoca de transicion la nuestra, debe ser en virtud de las leyes evolutivas que rijen al mundo, incapaz de imprimir huella indeleble en la historia de los tiempos i de las razas. Al aumentar las necesidades impuestas por la civilizacion, la lucha por la vida se convierte en guerra implacable que desanima a los mas, sumerjiéndoles en el pesimismo o en el renunciamiento de la voluntad. La duda, que fué el ariete con que se quiso destruir la afirmacion empírica i el

sofisma escolástico, no es la duda sana i fructífera que utilizó Descartes, sino el sentimiento que se desliza subterráneamente en las almas agostadas para llenarlas de infinitos desconsuelos. I es este jérmen maligno quien florece mas tarde en el amargo spleen, en la melancolía estéril de los decadentes i neo-románticos de hoi, hijos dejenerados de aquellos bohemios ilustres de la pasada centuria. Por todas partes resuenan llantos i jemidos revelando el imperio de la tristeza como un mal del siglo. Los regocijos sagrados murieron con la juventud gloriosa de las razas primeras; yacen hoi bajo las ruinas del Partenon i los sepulcros de Pompeya.

Pero todos sentimos alguna vez estremecerse en el fondo del alma los cándidos efluvios de la niñez que sepultamos allí con vergüenza, como si fueran un estigma de la edad madura; todos sentimos que necesitamos de sol i de alegría; mas aun, los modernos apóstoles demuestran que el ideal mas elevado de una moral enérjica, seria el perenne regocijo, la ecuanimidad de Marco Aurelio.

Benditos sean los que llevan en el alma la aurora eterna, la eterna primavera, los que amando la vida cantan su bondad i su belleza, los que bajan hasta la desconsoladora melancolía humana para irradiar sobre tanta tristeza impotente, el sol de una alegría fecunda ¡Salve, pues, Eça de Queiroz!

Su biografía es la eterna historia de los elejidos a quienes los filisteos querrian ahogar el talento para

hacer de ellos un burgues. Como siempre burló el talento los consejos insidiosos para vivir su ideal i correr el mundo tras soñadas aventuras.

Nacido talvez en Povod de Varzim por los años de 1843 o 45 estudió derecho en la Universidad de Coimbra, i rehusando luego ejercer la profesion, como un ave libre escapada de la celda universitaria, revoloteó por casi toda la Europa Mediterránea, Ejipto i Palestina. Cónsul de su patria despues, estuvo en Inglaterra, Islas Antillas i el Estremo Oriente; peregrinaciones todas que enriqueciendo su intelecto con un cúmulo de exóticas visiones, ejercieron una influencia que se deja ver preponderante en todas sus obras.

Meliorista quizá sin pretenderlo, Eça de Queiroz recoje casi siempre como temas aquellos males posibles de remediar, señalando un ideal nuevo, basado en una mas ámplia concepcion de la naturaleza i la vida, o recurriendo a las parábolas de la vieja moral cristiana, de la cual rechaza los dogmas, pero acepta el hondo conocimiento que nutre algunos preceptos de su moral.

Sin dejar de ser en el fondo esencialmente realista, no llega como Zola a las degradantes psicolojías del ser embrutecido por el vicio, el atavismo, el medio, pero tiene del maestro la intuicion clara i científica de los procesos que se elaboran en las tinieblas de lo sub-conciente. Percibe con la rápida clarovidencia de un iluminado, la belleza o el razgo típico de un personaje i elabora al punto notas artísticas, ya es-

carabajeando entre las letras de su nombre insípido hasta entónces, ya descubriendo los últimos i mas escondidos repliegues de su espíritu. Todo es para él un indicio i un recurso: las palabras, los gustos, las actitudes, las acciones, las amistades, el medio que le rodea i la herencia de sus antepasados. I a pesar de que estrae los sujetos de la vida misma, dejan sus obras, en virtud de una amable simpatía hácia los hombres i las cosas, una sensacion de infinita placidez.

No es de estrañar así que, imprimiendo en las producciones la sensacion de la belleza serena que constituye su ideal, resultara el estilo fluido i armonioso, como un cristalino manantial festoneado de flores. Su facilidad i tersura recuerdan el estilo cálido i jentil de aquel que nos legó el Jack i Tartarin. Ni un vocablo es redundante i encadenándose todos para la plasticidad, el ritmo i la lójica de la frase, llevan al cerebro la impresion de un todo armónico en la forma, en el color i en la música. En sus manos de supremo artífice el idioma se modela i se templa, se purifica i ductiliza para darle, merced a recursos orijinalísimos, los mas ricos de sus veneros. Asombra cuánta variedad de matices puede estraer de una palabreja vulgar que nadie aprovechara ántes que él, i que Eça de Queiroz, combinándola, adaptándola, variándola en infinitas gamas, se atreve a convertir en el leif-motiv de sus canciones.

Observa, siente i escribe, haciendo pasar al traves de su temperamento entusiasta de lusitano, las par-

quedades i los excesos i las infinitas pequeñas ridiculeces humanas que no llaman la atencion porque son quizá vestijios últimos de nuestros abuelos antropoídeos, pero que él comenta en un vocablo i hace brillar en un elegante jiro, salpicando de chispeante injenio la jentileza adorable de sus pájinas.

I sobre la verdad de los fondos i la galanura de la forma, teje mil doradas filigranas su inagotable fantasía, perpétuamente risueña i vivaz, que habria hecho de él—si naciera en los tiempos galantes de las Córtes de Amor—el continuador feliz de esa literatura que inició «Il Decamerone» i que saboreaba con sus voluptuosos labios la reina de las trenzas floridas: Margarita de Valois.

El sentimiento nacional rebosante así mismo en las obras de Eça de Queiroz, las barniza del tinte necesario para hacerlas personales i tambien portuguesas. No se le ocultan los males que aflijen a su patria i que han contribuido a su decaimiento actual, pero la ama sobre todo por su belleza, i despues por su lejendaria historia, por su audacia de ántes, por el esfuerzo indeciso todavia, pero existente en la juventud, de volverla a su antigua esplendidez, usando las fuerzas que duermen hoi, pero que despertarán al impulso de un brazo enérjico o de una intelijencia potente, cuando de las cenizas de la edad heróica, como un fénix, renazca un nuevo príncipe Afortunado u otro marqués de Pombal. Aparece constante-

mente su sonrisa burlona i compasiva para la turba de farsantes o de injénuos que en Portugal como aquí, aspiran a obtener su patente de modernistas estetas, ridiculizando el sentimiento i el alma nacional. No es sin embargo un patrioterismo irreflexivo el que le anima: sin abdicar de su terruño, ni de las queridas tradiciones lusitanas, es tambien un humanista en el sentido que a tal solidarismo dan las nuevas doctrinas sociales; de igual modo que hace desfilar ante nuestros sentidos cada una de las clases de su patria, nos da a conocer tambien, las estrañas costumbres i los maravillosos encantos de los paises que él viera i estudiara en sus interminables viajes.

Por último i como corolario indispensable de sus aptitudes, es un perfecto humorista, uno de los pocos que ha producido la literatura mundial, pero su humor no es rabelesco, ni volteriano, es de una estructura única: suave, en apariencia inofensivo, inocentísimo en la forma; hai que conocer su temperamento para saber cuando rie, cuando burla, cuando pronuncia una amarga verdad.

En «El Mandarin», preciosa fantasía que merece todos los honores de un poema ético, estudia con sagacidad profunda i al mismo tiempo con adorable gracejo, los estados psíquicos por los cuales atraviesa un infeliz amanuense trocado repentinamente en hastiado millonario, mediante las artimañas de un Satán moderno que le induce a ultimar a 400 millas de distancia i sólo por un tilin de campanilla, a un

mandarin que agoniza desconocido en la inercia de la vida china.

Eternos como el tiempo serán los espejismos que engañen a los hombres i tendrá que nacer un nuevo Mesías para que nos enseñe a despreciar la tentacion....

Convertido el escribiente en el «excelso señor Teodoro», apura cuantos placeres puede brindar la riqueza, pero su conciencia que es católica por atavismo aunque él se empeña en convertirla en materialista por seguir la moda, le hace malsentir a cada instante el remordimiento del crímen. Perdida la tranquilidad recurre a cuantos desagravios puedan aplacar los manes terribles de la desconocida víctima. Todos son inútiles: el ánima del celeste jerarca no ha aprendido latin, desconoce el efecto portentoso de las misas gregorianas i queda sorda a ellas en el reino de los espíritus.

Fué una mañanita clara cuando un rayo de luz atravesó su mente: iria a China, allí sabria reparar la falta. «I al siguiente dia, por un mar azul oscuro, bajo el blanco vuelo de las gaviotas, cuando los primeros rayos de sol teñian de rubor las Torres de Nuestra Señora, puso proa al Oriente».

De arribo a las costas chinescas, sabe que es menester ponerse en marcha para una olvidada provincia, donde segun los astrólogos que conocen por el rumbo de las estrellas la jeografia i la estadística imperial, concluyó sus dias un cierto mandarin Ti-Chin-Fu, a cuya familia intenta redimir de

la miseria. Va, indaga, busca, trata sinceramente de cumplir las mas altas hazañas, resucitar el imperio mismo. Se interna hácia las bermejas montañas de la Mongolia. Pero el audaz estranjero que se atreve a cruzar la tierra sagrada de Confucio, merece un castigo ejemplar, i el que le aplican los hijos del cielo es tan producente para su carácter portugués, que hace en el acto la renuncia de sus cristianísimos deseos. El delito será por siempre irreparable, i los manes que parecieron aplacarse durante su estadía en la patria de Confucio, vuelven a hostigarle furiosamente: ve en la vijilia i en el sueño la imájen del mandarin decrépito, vestido de seda amarilla, con la coleta suelta i sosteniendo entre sus dedos con igual apariencia de muerto un papagallo de papel».

Esta sencilla trama le da márjen a una descripcion de la China, de los usos i costumbres, i con chispeante agudeza hinca su ática saeta no solo en tártaros i mongoles, sino—con mayor énfasis—en la vida fútil i vana que aprisiona en la mas formulista etiqueta a las atildadas señoritas de la diplomacia, agregadas a las Legaciones estranjeras en el Imperio.

En «El crímen del Padre Amaro», la primera en órden cronolójico, de las grandes creaciones de su pluma, estudia las costumbres del bajo clero portugues, i en «La Reliquia» los efectos perniciosos del fanatismo que se presenta formidable i activo en la aristocracia lusitana, especialmente en la colectividad

femenina. Mientras la tia de Teodorico Raposo es la creacion majistral de una hermana de órden tercera, es el sobrino ejemplo del mas redomado hipócrita que esconde sus ansias licenciosas bajo inocente cariz a trueque de heredar la fortuna que le disputan el clero i las hermandades. Mediante la eficaz ayuda de los santos amigos, el padre Negron i otros, la buena señora se impone de las triquiñuelas del Tentador, i para alejar a su protejido del mas abominable de los vicios, del contacto de la *bestia impura*, le envia a Palestina, al clásico país de la piedad humillada por las fuerzas vencedoras de los infieles, para que recoja en su prístina fuente una reliquia única.

La Tierra Santa i la relacion histórica del jénesis evanjélico se muestran entónces esplicadas por las sabiduria materialista del jermano Topsius: en sí la mas galana caricatura de erudito que haya salido jamas de la fantasía de humorista alguno. Pero ¡ai! despues de tantas privaciones, de tantas abstinencias en pró del dios Oro, la Reliquia de maravillosa i única se torna en la prueba fehaciente de los placeres pecaminosos que en tierra de santos profetas i patriarcas, tentaron a un malhadado Teodorico Raposon, de Mosteiro en Alemtejo...

De las viejas i galantes tradiciones de los hidalgos portugueses nos cuentan« Los Maias», obra destinada a relatar el período que Portugal, como Europa, sufrió a principios de la .segunda mitad del siglo pasado, i que tantas huellas ha impreso, ya por

reaccion, ya por evolucion, en las ideas modernas de literatura i de vida. Ningun detalle ha sido olvidado para hacer de él un trasunto fiel de la época i cada personaje representa una tendencia o una manifestacion distinta de las corrientes principales que caracterizaron al romanticismo de entónces.

Reveladora de una jeneracion mas moderna es la esquisita sinfonía ditónica que denominó «La ciudad i las Sierras», en apariencias jentil epigrama de la relativa inutilidad de los progresos de la civilizacion en el siglo de las luces, pero en el fondo sabia leccion de honda filosofía.

Allí donde el progreso puede gozarse en máxima intensidad, ha colocado al príncipe de la Gran Ventura, oriundo de una aristocrática familia lisbonense, pero nacido en París, donde lo retuvo su abuela que venida allí desde mui jóven no quiso jamás partir, «por no separarse de su confesor, ni de su médico que tan bien le comprendian los escrúpulos i el asma».

Este Jacinto, mago poseedor de todos los recursos de la industria, del confort, del lujo, es el Don Quijote de la Civilizacion, el paladin que rompe lanzas en cada encuentro para proclamar las dichas innumerables emanadas de su Dulcinea. I mas progresista que su antepasado cervantino, tiene para defenderse 30 000 volúmenes alineados en su biblioteca, como graves doctores en concilio; en sus habitaciones, mil i mil maquinillas a vapor, eléctricas i mecá-

nicas para facilitar los diarios menesteres, amen de que recibe los periódicos, magazines i revistas que edita cada uno de los focos de la civilizacion; que la Ajencia Havas tiene para él un noticiero especial, que es miembro de cuantas sociedades esotéricas existen en Europa; que su reloj marca la hora de todas las capitales i la marcha de todos los planetas; que sus hilos telefónicos i telegráficos, le unen con toda la aristocracia parisina i que le es posible en intelectual solaz de super-civilizado, ahogarse en los refinamientos de un salon ultra-modernista, en que reune todos los progresos de l'art nouveau Mme. d'Oriol, vera flor de civilizacion que da la nota del supremo chic al mundo de la elegancia con sus simbólicas innovaciones. Era ella quien ostentaba en Semana Santa, con devotísima uncion, un negro sombrerito en que relucia de azabache i salpicada de sangrientos rubíes, la corona de espinas...

Mas, a su lado i oponiendo a tanta civilizacion la defensa de la inercia, vela el despertar de la locura un nuevo Sancho, el amigo i compatriota, José Fernández de Noronha i Sande, hijo robusto i sano de las sierras, que en plena civilizacion se atreve a sentir—¡oh salvaje poder de la barbarie!!—la nostaljia de los lares i del querido Portugal, la patria que desconoce el príncipe, aunque en ella reposan sus desconocidos abuelos. La traslacion de sus restos a una nueva capilla hace jerminar, lento al principio, pero seguro despues, por las insinuaciones sanchescas de ese rústico José Fernández, el deseo de aban-

donar aquel foco de civilizacion, que al fin de cuentas le adelgazaba cada vez mas, hasta dejarlo convertido en un esqueleto forrado por una piel flácida i suelta, encorvada la espina, mustios los ojos, sumerjido en el mas incurable de los tedios... Entre los 30 000 volúmenes no habia ninguno capaz de distraerle; de sus máquinas recibiera los mas acerbos desengaños; habia conocido bajo qué pauta se escriben los periódicos a la moda i los que dedican sus pájinas a humillarse ante el gran mundo. En cuán increibles fárragos le habian hecho introducir su calavera reluciente de una calvicie prematura las lojias, las ligas, i las sociedades teo, psico i filosóficas. ¿De qué sirve conocer la hora de todas las capitales i la marcha de todos los planetas, sino para juzgar interminable el tiempo i desmedido el espacio? I esa parisina, que cada año cuando mueren de frio los chiquitines bajo los puentes, principiaba la confeccion de sus vestidos de patinar; ese producto excelso del máximo refinamiento, era tan fútil, tan superficial, tan inconstante i tan vano en Paris como en Portugal i como en todas partes. Qué hacer, pues, infeliz Jacintillo?... ¿No sientes que has sufrido tú tambien el eterno engaño de la Quimera?

Partamos, que allá en tu olvidada patria, te esperan las sierras verdegueantes, el Alemtejo desierto pero hermoso, las viñas preclaras de Oporto, el Tajo que no es el Sena indudablemente, pero que arrastra el agua mas pura i mas sonora.

I helo despues de un viaje en que al cruzar

España pierde toda su civilizacion, convertido en el amante de los árboles, en el poeta bucólico de los campos, en el soñador que vibra al canto de un ave, o al susurrar de la brisa entre los copudos castaños. «I así fué como Jacinto en una tarde de Setiembre i en Flor de Malva, vió a aquella con quien casó en Mayo, en la capillita de los azulejos, cuando el an cho rosal té se cubrió todo de rosas...»

Contrastando con la gaya fantasía que reviste de brillantes matices «La ciudad i las sierras», muestra los dolores de su realismo la novela mas esencialmente portuguesa que haya escrito Eca de Queiroz, la que le haya dado mayor renombre dentro i fuera de su patria: «El Primo Basilio», destinada a delatar la burguesía lisboeta con todos sus defectos i prejuicios, en particular sociales.

Se ha repetido que esta obra no es sino una imitacion de Mme Bovary, pero si bien es cierto que coinciden en la tendencia de volver al adulterio el verdadero carácter, que habian falseado, poetizándolo indebidamente, las novelas románticas, el medio que rodea a la pecadora, las causas i los efectos de su caída, son profunda mente nacionales. Seria difícil encontrar otro estudio que realzara con mas talentosa maestría la influencia del medio en el barrio estrecho de una capital, las mil voces confusas i tímidas que componen el tornadizo «qué dirán» i que llevan a todas partes el amargor de la maledicencia; la astucia i la bajeza de los que especulan con el vicio de los otros i la profunda vergüenza que enjendran

las alabanzas inmerecidas i las protestas de un amor para el cual no nos sentimos dignos. El análisis de la lucha de estos sentimientos en el alma de una mujer que no es mala sino débil, o mas bien que carece de carácter, el trazado admirable de los personajes secundarios i en especial la fuerte contextura de la forma completa, contribuyen a que «El Primo Basilio» pueda figurar entre las primeras i mejores novelas realistas i psicolójicas de la literatura contemporánea.

En todas las obras enumeradas, en cual mas, en cual ménos, la tendencia docente-ética se descubre a traves de las finísimas burlas; mas que descriptivas, son narrativas-morales, en la acepcion mas alta de este vocablo, confirmando así lo que el autor escribe como prólogo de «El Mandarin»:

«Camaradas, en medio de estas calores del estío, que embotan el injenio, descendamos del áspero estudio de la Realidad humana... Partamos hácia los campos del ensueño, a vagar por esas azuladas colinas románticas en donde se alza la Torre abandonada de lo Sobrenatural i fresco musgo cubre las ruinas del Idealismo... Fantaseemos ..

—Pero sóbriamente, camarada, parcamente... I como en las sabias i galantes alegorías del Renacimiento, mezclando siempre una discreta moralidad»...

Por completo velada esta tendencia, apénas se distingue en la obra suya que me impresiona como el

complemento indispensable del alto edificio de su labor literaria, i que es en síntesis la historia de su patria i quién sabe si un retrato de sí mismo: «La Ilustre Casa de Ramírez».

Enhiesta aun despues de los rudos golpes del destino, la Torre de Santa Ireneia, última heredad de la ilustre i dilatada casa de los Ramírez, oculta sus patinados escudos de azur colocados en cruz sobre campo de plata, allá por la vieja Europa, sobre un estremo que cruza el Tajo i que orillea el mar. Su jénesis, remontando a los galaicos i lusitanos, se pierde entre las leyendas de los antiguos celtas, i ántes que se formasen los señoríos hermanos, los fuertes i aguerridos Ramírez, ilustres entre los caballeros medio-evales, elevaron sus fortificaciones i almenaron sus muros en los tiempos olvidados de Fernando el Grande, rei de Castilla i de Leon, que donó a su tercer hijo Don García, las tierras fértiles de Galicia i Lusitania.

Pasaron siglos. Fuerte i soberbia se elevó la torre, agregáronsele pronto nuevos solares, resistió a los vientos contrarios i cobijó orgullosa bajo los graníticos muros a heróicos adalides i a enamorados bardos: Sâ de Miranda, el ferviente virjiliano que escribió églogas de rara i serena belleza; Antonio Ferreiro, que concibió por primera vez en Europa una comedia de carácter; Francisco Moraes, autor de aquel buen libro de caballeros que se salvó de la quema en la librería de Don Quijote; hasta que como arroyo que baja silencioso de la cumbre nevada, pero que

al llegar al valle se torna rumoroso i bullanguero, el ruido de las hazañas de la ilustre casa de Ramírez, asombró al mundo i cruzó los mares.

Ramírez fueron los atrevidos marinos que desafiando los peligros de un mar ignoto doblaron los primeros el Bogador i las Tormentas, para arribar al rico pais de las especies, que les señalaria el rumbo hácia las maravillosas rejiones del Levante i Poniente Sol.

Fué entónces cuando la Ilustre Casa concibió al mas grande de sus hijos, al bardo que pobre en la vida i en la muerte, cantó las hazañas de sus hermanos i ancestores en las estrofas riquísimas de «Os Luisiadas».

Fenecido el apojeo, cayó la gloriosa mansion en el letargo soporoso de que aun no despierta. Jimió Rodríguez de Lobo en las tristezas del cautiverio; perdiéronse una a una las lejanas islas donde medraba la pimienta i florecía el canelo, yacieron incultos los viñedos lontanos, i hoi de aquella estensa i dilatada casa de los Ramírez, honra i prez del siglo XVI, sólo queda solitaria i altiva la Torre de Santa Ireneia, recortándose cuadrada i límpida en la brillantez azul del cielo.

Vástago último de esa familia de marinos audaces de trovadores principescos, el hidalgo i heredero de Santa Ireneia, Gonzalo Méndez Ramirez, aparece a mis ojos como encarnacion de Eça de Queiroz. Tiene como éste la sátira fina i la risa bondadosa i quién sabe si las altruistas ambiciones i los desfallecimientos

humanos; los arranques impetuosos i los miedos infundados; la misericordia del Samaritano bíblico i la debilidad claudicante del hombre moderno. Desconoce las bondades suyas que la jente comenta en corros; de la hermosura de las obras producidas no aspira el incienso frívolo de las alabanzas, sino la íntima i pura satisfaccion de reconocerse, acaso nó en la ruda fiereza del cuerpo, mas si en el alto vuelo de la imajinacion, el igual de aquellos Ramirez lejendarios, fornidos i musculosos, que guiaban almogravesc e infanzones por los solares de Bayao i los Pasos de Santa Ireneia. I tal vez jamas hubiera imajinado en su rarísima bonhomía de literato, que apénas caído sobre su tumba el primer puñado de tierra, le alzaran sus vasallos el monumento que inmortalizaria la divisa no superada de su escudo: «Sobre la vigorosa desnudez de la Verdad, el manto diáfano de la Fantasía».

Así aparecen ante nuestros ojos asombrados de tanta Verdad i de Belleza tanta, al lado de aquel Tructesindo Méndez Ramirez, encarnacion histórica de los señores de horca i cuchillo que levantaron sus torres a orillas del Tajo i del Duero, los hombres del Portugal de hoi, enclenques i desequilibrados, los Cavalleiros i las Graciñas de la narracion, i junto a las posesiones innumerables de antaño, los solares derruídos, los viñedos incultos, i como único despojo de aquella edad de oro, la Torre de Santa Ireneia, símbolo de Portugal.

Al son meláncolico de las saudades que sienten

la nostaljia de las perdidas grandezas, pareceme oir a Videiriña—el último poeta de la Torre—pulsando los bordones de su mandolino para entonar en la noche límpida i clara el «fado de los Ramirez»:

«Quién te verá sin turbarse
Torre de Santa Ireneia...
Ostentas, fuerte i soberbia,
Una historia en cada almena;
Torre mas vieja que el reino,
Torre de Santa Ireneia...
Quién te verá sin turbarse...!»

¡Quién contemplará sin emocionarse el jenio creador que alienta en las obras de Eça de Queiroz, quién sin confesarse atraído por la mas profunda simpatía al fantaseador sublime, al cateador infatigable de lo Bello que encierra la Vida i la Tierra, al que plegando su rostro en una sonrisa de inmensa bondad parece repetir aun hoi la cancion que hace 20 siglos entonaba Epicteto, el estóico de Hierópolis: «Lo que turba a los hombres no son las cosas, sino el juicio que ellos se forman sobre las cosas».!

Setiembre 13 de 1906.

SAMUEL A. LILLO

La Escuela de Antaño

La escuela de antaño

Era la escuela un caseron vetusto
Que estaba casi afuera de la aldea,
Tan cerca de la playa,
Que con la alta marea
La lluvia de la ola humedecia
La raquítica yedra
Nacida al pié del murallon de piedra.

No olvido todavía
Mi primera mañana de estudiante
En que mi padre me dejó delante
De aquella vieja puerta que temia.
Era un dia de otoño deslumbrante:
Se secaban al sol las blancas velas

Mojadas en la pesca de la noche;
Sentados en los bordes de las barcas,
Sus fieles compañeras,
Viejos lobos de mar saboreaban
Sus arqueadas cachimbas marineras.

Entre dichos i alegres carcajadas,
Un grupo de muchachos pescadores
De ájiles miembros i de piel morena
Lanzaban, de la red hácia la arena,
Vivos aun, los peces saltadores.
I en la estrecha bahía
Que iluminaba el sol, sobre las rotas
Aristas de las peñas, las gaviotas
Alzaban su discorde sinfonía.
Sólo yo estaba triste, pues sentia
La misma angustia que atormenta al ave
Que cae prisionera
Al divisar la cárcel que le espera.

Al frente de la entrada
Alzábase la mesa
Del viejo preceptor que dominaba
Hasta el último asiento de la pieza.
La gran sala tenia
El techo con las vigas descubiertas,
Las paredes desnudas i blanqueadas
I en murallas i puertas,
Con carbon o con barro, se veian
Caprichosas figuras dibujadas,

En el muro del fondo
Colgaban unos mapas desteñidos,
En donde los punteros,
Manejados por manos inseguras,
Habian destruído los linderos
O borrado un país con las roturas.

Era un mundo pequeño:
Formaban un conjunto tan risueño
Sus rubios o morenos pobladores,
Que parecia el caseron un nido
De alondras o jilgueros trovadores.
I se ajitaban en las viejas bancas
Muchachos bulliciosos
Cuyos cuerpos fornidos, vigorosos,
Bajo la burda tela
Guardaban unas almas aun mas blancas
Que los copos de espuma con que la ola
Salpicaba los muros de la escuela.

Al sonar de la vieja campanilla
Suspendian sus juegos infantiles;
Aun veo aquellas cabecitas locas,
Contraídas las frentes juveniles,
Haciendo algunos jestos con las bocas
Para guiar los trazos regordotes
Con que hacian sus planas de palotes.

Me parece que siento el calofrío
Que nos acometia de repente

Durante la leccion, al ver pendiente
De un clavo, sobre el muro, una correa
Gastada por el uso,
Terror de los muchachos de la aldea.

I veo a los pequeños delincuentes
Pasar algunos pálidos, llorosos,
I a otros continuar indiferentes
Despues de aquellos golpes,
Con sus almas cerradas, contemplando
A traves del cristal de la ventana
El espléndido sol de la mañana
I en la playa a los chicos retozando.

¡Cuántas tardes hallamos en los bancos
Larguísimas las horas
Con la mente del libro distraída,
Esperando impacientes
El salir de las barcas pescadoras
Que anunciaba tambien nuestra salida!

Formábamos qué grande algarabía
Si el pito de algun buque, que sonaba
En la boca del puerto de sorpresa,
Despertaba a un pequeño que dormia
Apoyada en el banco la cabeza.

Unas veces, soltándole la amarra
A alguno de los botes de la orilla,
En alegre pandilla

Hicimos mas de un dia la cimarra
Para volver despues, alicaídos,
A la hora en que empezaba la tarea,
Mirando de reojo la correa.

Era entónces la edad de la alegría
En que es el corazon abierto i bueno,
La edad en que recojen en su seno
El bien i el mal las almas juveniles
Cual copia la inconsciencia de la fuente
Desde las libres alas de las águilas
Hasta el enrosque vil de la serpiente.

Era la edad en que los corazones
En íntimo consorcio van unidos,
Cuando aun no conocemos distinciones
De cunas ni vestidos,
Cuando en alas de blancas ilusiones,
Volamos como bandas de palomas
Que no saben que existen los halcones.

Hoi que veo el confuso torbellino
En que con tanto afan nos ajitamos,
Hoi que surjen en medio del camino
Cabezas de reptiles que aplastamos,
Ojos que traicioneros nos acechan
Telas de araña que hai que andar rompiendo,
Me recojo en mi espíritu i a solas
Recuerdo a mis antiguos compañeros.

Talvez algunos de ellos ya encontraron
La eterna paz en las profundas olas,
Sin haber conocido mas batalla
Que el áspero combate con el viento
O con la ola que furiosa estalla;
No esta lucha callada de la vida
Tras el oro o la fama transitoria,
En que es una batalla cada paso,
En que cada accion noble es un rechazo
I cada indignidad, una victoria.

Por eso, al evocar aquellos tiempos,
Recibo como un soplo de frescura;
Miro hácia atras i veo el horizonte
Teñido con la lumbre del recuerdo,
I revive en mi espíritu el paisaje,
Me siento niño i otra vez me pierdo
En los bosques floridos de mi aldea,
I parece que escucho hasta el oleaje
Que a los piés de la escuela rumorea.

Enero de 1903.

GUILLERMO LABARCA HUBERTSON

El Pantano

El Pantano

Junto al pantano verde e infecto que resaltaba como un estigma en la campiña feraz, estendíase un pequeño huerto circuido de rosales, estrecha órbita dentro de la cual jiraba plácida i humilde la existencia de Hilario Martinez, antiguo miliciano de la guerra del Perú.

Buen hombre el soldado. Con el mismo ardor con que empuñara el fusil durante la campaña, esgrimió despues la esteva para remover su lonja de tierra a la orilla del charco.

Al contacto del suelo amigo, sintió despertarse profunda la atraccion injénita que ejerce en el campesino la gleba que le creó; amor vívido i potente, engrandecido ahora por el recuerdo de las gloriosas proclamas de antaño, de las pomposas frases que allá en la pampa, ántes de comenzar las batallas, hablaban

de la patria ausente, de la madre tierra a quien debemos todos nuestros afectos.

De los mas hondos le hizo ofrenda aquel hijo sumiso. Trabajó durante muchos años con ardor, afanosamente, pero con escasos resultados: morian los árboles frutales, las cosechas eran débiles i los rosales mismos que amoroso plantaba un dia aparecian de pronto secos, marchitos, como si el hálito corruptor de la ciénega envenenara su savia.

Para el militar no habia dudas que era el pantano quien estorbaba su labor i personificando en él a todos los enemigos que nos acechan siempre desde el misterio, considerábalo como el oríjen de todas sus malandanzas. Sabia sin embargo que a fuerza de teson lograria vencerlo, pues le habia sonreído una vez la victoria i eran desde antiguo buenos amigos.

Llegó por fin una época en que florecieron los granados, cuajaron los jugosos pomos i la fragancia saludable de los rosales barrió los miasmas del charco inmundo.

Pero duró poco tiempo la alegría del triunfo, pues es lo cierto que un año triste vino en que maligna i misteriosa epidemia arrebató mucha jente, cebándose en la familia del ranchito en el cual sólo escaparon el abuelo Hilario i la mas pequeña de las nietas: Gricelda. De la prole cuantiosa sólo quedaba este fresco retoño, el mas querido en verdad, pero el mas débil. Sus hijos—camaradas en la lucha—yacian sepultados en la colina cercana.

El viejo permaneció un tiempo agostado por esta

tremenda desgracia i maldecia, como los campesinos de la comarca, al pantano de Los Maitenes donde se enjendró la plaga.

—Ah! sí, ha de tener encantamiento—repetíanse unos a otros. I no faltó un temerario que asegurase haber visto en mitad de la noche, vagando por los jarales, un monstruo de innumerables cabezas i de cuyas fauces se desprendian llamas.

Vinieron en seguida los tiempos difíciles. Solitario, irguióse no obstante el miliciano frente al enemigo, empecinado en la contienda en pró de la chiquita i de su tierra benigna, resúmen de todos sus quereres.

Por su parte las ondas glaucas ejercieron su maleficio en el nuevo propietario de Los Maitenes que enamorado de su verdor, quiso ensanchar el pantano hasta convertirlo en elegante laguna de recreo, presta a absorver la mísera parcela. Pero fueron inútiles todas las jestiones que hizo el amo para adquirirla.

—Para la laguna?... nunca... por ningun precio, patron: la plata la hicieron los hombres i la tierra es obra de Dios.—I como para suavizar la negativa, agregaba:—no tengo mas que esto i aquí me han de enterrar.

—Entregar su tierra?... Por nada... Allí trabajaria miéntras le restasen bríos.

Pero ¡ai! que el tiempo no se detiene i el polvo de su eterna errancia va adhiriéndose lentamente a la cabeza de los hombres que peregrinan por la vida. Cada vez quedaban mas léjos los tiempos de entón-

ces, i poco a poco a los chicos del lugar se les hacia mas difícil reconocer en aquel viejito achacoso, al bravo sarjento de pantalones rojos que trepara el Morro calada la bayoneta.

Sus músculos agotados no podian estraer de la tierra el sustento para dos, i llegó un dia en que no hubo con que hacer la merienda. Inútil que el viejo acudiera a sus postreras enerjías para emplearlas con rabia en la tarea, i el luchador que por sí habria soportado cuanta privacion viniera, cedió ante el hambre que amenazaba a su Chela. Fué preciso pedir préstamos, firmar unos papeles que hablaban de hipotecas, de vencimientos i de cortos plazos.

—Esto es pura fórmula, ño Martinez,—aclaró el administrador de Los Maitenes.

—Sí, señor, ya vendrán mejores tiempos.

En vano que mas tarde el mismo que lo habilitó le hiciera saber que el huerto no era suyo.

- Qué no es mio? i por qué, señor?

—Por la platita que me debe, ño Martinez.

—Pero no me dijo Ud. que se la pagase cuando pudiera?

—Así es... pero el juez ha dispuesto otra cosa...

Para el veterano fué imposible comprender cómo unos cuantos papelotes podian quitarle la tierra que era suya desde tanto tiempo, que era necesaria para su vida, que formaba parte de sí mismo.

—Por mí, pase; pero qué va a ser de la niña? Dios no ha de permitir semejante injusticia.

Si era por el dinero, lo pagaria tan pronto como

los señores de Santiago despacharan la lei de recompensas...

Cual si fuera el único sosten posible de su cansado vivir, se aferrró al terruño i al amor de su nieta con las ánsias de un náufrago.

Pero era el caso que la heredad del soldado se hacia de todo punto necesaria para el ensanche de la laguna que aumentaria la celebrada belleza de Los Maitenes. La ciénaga se ensanchaba por instantes como si quisiera cojer el ranchito con invisibles zarpas i los gañanes cavadores preveian con absoluta certeza la hora en que las palas debieran morder los rosales linderos i derribar los árboles en fruto.

—¡El pantano!... Por que no permitiria Dios que se convirtiera en hombres aunque fuesen un rejimiento entero.

Apremiaba el señor administrador i aquel viejo testarudo que osaba oponerse a la lei i a los deseos del amo, era digno de ejemplar castigo por su rebeldía.

—¡Ninguna contemplacion para el atrevido!

Así, pues, una mañanita clara i riente como si el mundo entero se regocijase de la claridad del sol i la limpidez del cielo, don Celedonio acompañado de unos cuantos inquilinos, escoltó al receptor hasta la puerta de la humilde choza, donde notificó el desahucio. I ¡lo dicho! el viejo no quiso entender los clarísimos argumentos.

—Qué va a ser de Chela, señor?

—Ahí se acostumbrará...

—Aguárdese una semana siquiera.

—¡Imposible! hai que acabar pronto la laguna.

Al oir mentar la enemiga, el viejo se rebeló.

—Pero Ud. falta, don Celedonio... Ud. me dijo que le pagase cuando pudiera, i desde que los señores de Santiago...

—Parece loco este viejo—i dirijiéndose a uno de los inquilinos, ordenó:—Al avío, Juan de Dios!

La resistencia era imposible. Si a lo ménos fuese todavía jóven i pudiera empuñar su rifle...

Bajo el sol radiante la linfa clara se mecia a impulsos de picaresca ventolera, i las ondas cuchicheaban irónicos relatos. La enemiga reia... reia...

Era escaso el haber. Todos los trebejos de Gricelda cupieron en el pequeño lío que pendia de su brazo. I en cuanto al abuelo, un relámpago de altivez hirió su mente i al salir, camino del éxodo sin fin de la miseria, se revistió con la sacra vestimenta del triunfador de antaño. Glorificaban su pecho enjuto i cóncavo dos medallas de plata.

—I dónde iremos ahora?—interrogaban las diáfanas pupilas de la querida pequeñuela.

—¡Quién lo sabe!

Frente al charco enemigo levantó el puño cerrado i amenazante.

Vagaron entónces por la tierra sin mas amparo que el de Dios ni otro techo que la comba azul. La huella de sus piés se estampó a lo largo de las veredas polvorientas bajo el sol canicular, i las casetas i los ranchos que se erguian a la vera del camino

escucharon durante muchos dias las quejumbres de una voz que relataba los azares de la lucha contra el pantano, las angustias del lanzamiento, i cómo desde lo alto de la colina habia contemplado las llamas retorcidas i la columna de humo que señalaban el sitio donde fué su hogar.

Solo el compasivo afecto de los labriegos pudo reconocer en aquella voz plañidera, el timbre belicoso que ántes narraba las épicas campañas.

En cada rancho respondió un consuelo i se ofreció un mendrugo a la tristeza jimiente de los desvalidos. La fraterna caridad de los humildes habria bastado talvez para la subsistencia, si el sol ardoroso del estío no hubiera caldeado la sangre de la nietecita haciendo esplotar en su cerebro los delirios de la fiebre.

Todo cuanto le restaba, lo único que la existencia tenia de bueno aun, Chela, bálsamo de su vejez asendereada, estaba enferma. I miéntras acurrucado al pié de los álamos de la carretera, sostenia sobre sus piernas el cuerpo febricitante de la enferma, un temor angustioso, como nunca sintiera el antiguo soldado, le atenaceó el alma.

—¡Ah, maldita laguna! Ella era la causa de todo...

Recordó las marchas al traves del desierto, los insolados tendidos sobre la candente arena en la postrera convulsion, el chavalonco mortal, pero no quiso creerlo. No era nada, nada mas que un daño del pantano!

La nietecita yacia inmóvil, de espaldas, i sobre la

sábana gris del camino se destacaba su rostro exangüe i su revuelto cabello blondo.

—Soi yo, Chela! Chela!

En balde escudriñaba en lo profundo de las celestes pupilas: éstas, acuosas i sin brillo, permanecian fijas, clavadas en un punto vago del alto cielo, rutilante a la claridad del sol. No lo reconoció.

—¡Chela! Chela!

El rostro cárdeno de la niñita acusaba la conjestion; perlado sudor brotaba de la frente i en el desasosiego de la fiebre sus labios secos i requebrajados, barbotaban las dolorosas frases del delirio.

Rompió Hilario en hondos sollozos convulsivos, clamando a la Vírjen, a los santos, a Dios, i por último, como si vaciara todo el rencor que le corroia el pecho, blasfemó contra el cielo indiferente, su perra suerte, la laguna maldita i la codicia de los hombres.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas irisando la barba cana que perdiera su marcial aspecto en el desgreño del dolor. Parado en medio del camino, con los brazos en alto i la faz desencajada, envió al cielo lastimera súplica.

—No me la lleves, Señorcito; sálvala del encanto!

Con la nieta en brazos acojióse el veterano a la caridad de un rancho próximo. Pero todos los cuidados fueron inútiles: al otro dia la chiquita descansó para siempre de su existencia vagabunda...

La desesperacion del viejo fué infinita. Hubieron

de arrancarlo a la fuerza del lecho donde yacía el cuerpecito helado.

—¡Chela! Chela! Por Dios, Señor... ¿qué va a ser de mí ahora?

Echado en un rincon, inconsciente de cuanto ocurria a su lado, pasó todo el dia llorando su inconsolable pena.

De pronto salió fuera i echó a andar pesada i fatigosamente. Era miserable el aspecto del proscrito: las piernas temblorosas, sucio i destruido el uniforme donde refuljian aun como una irrision las dos medallas arjénteas, los ojos turbios, la cabeza lacia i los brazos colgantes a lo largo del cuerpo. I andaba, andaba hácia adelante por senderos i encrucijadas, siempre en la misma direccion como si desde el fondo del pantano le atrajera tambien el encanto.

Llegó por fin a la ribera en la hora que precede al anochecer. La linfa mostrábase tersa i tranquila, reflejando en su pulida superficie la augusta majestad del cielo.

Era solemne la muerte del dia. Arriba desarrollábase el palio intensamente azul tachonado por el áureo esmalte de las prístinas estrellas, miéntras que abajo, en la silente tristeza de los campos abandonados, rumoreaba cual lúgubre salmodia, el plañidero croar de las ranas.

Detúvose el anciano en la orilla i un relámpago de odio destelló en sus pupilas al mirar la estension lacustre bajo la cual yacían como náufragos despojos el huerto i el hogar, las múltiples añoranzas de los

mejores tiempos, i quizás tambien si el alma errante de la nietecita que volviera en busca de su habitual refujio.

Mucho rato permaneció inmóvil. En tanto ganaban las sombras invasoras la amplitud del llano i luego el viejo no fué sino una mancha mas densa en la espesa oscuridad. Lentamente, por sobre la antigua entereza i altivez, surjió en el pecho el eco santo de sus grandes amores desvanecidos.

De la sombra viviente emerjió entónces una voz estraña, penosísima, entrecortada por los sollozos que salian roncos i estrangulados de la garganta, con la amargura indecible, con toda la infinita angustia de un héroe vencido:

—¡Mal haya mi suerte!

Ondularon las aguas del charco i el ruido bronco de la caida repercutió en el valle.

Despues recojiéronse las distendidas ondas i volvieron a su tranquilidad las aguas en cuya tersa superficie sobrenadaba el fulgor de las estrellas.

Zumbó el viento en los jarales. La enemiga reia, reia...

AUGUSTO WINTER

La Fuga de los Cisnes

La fuga de los cisnes

Reina en el lago de los misterios tristeza suma:
los bellos cisnes de cuello negro de terciopelo,
i de plumaje de seda blanca como la espuma,
se han ido léjos porque del hombre tienen recelo.

Aun no hace mucho que sus bandadas eran risue-
[ños
copos de nieve, que se mecian con suavidad
sobre las ondas, blancos i hermosos como los sueños
con que se puebla de los amores la bella edad.

Eran del lago la nota alegre, la nota clara,
que al panorama prestaba vida i animacion;
ya fuera un grupo que en la ribera se acurrucara,
ya una pareja de enamorados en un rincon.

¡Cómo era bello cuando jugaban en la laguna
batiendo alas en los ardientes dias de sol!
¡Cómo era hermoso cuando vertia la clara luna
sobre los cisnes adormecidos su resplandor!

El lago amaban donde vivian como señores
los nobles cisnes de réjias alas; pero al sentir
cómo implacables los perseguian los cazadores,
buscaron tristes donde ignorados ir a vivir.

I poco a poco se han alejado de los parajes
del Budi hermoso, que ellos servian a decorar,
yéndose en busca de solitarios lagos salvajes
donde sus nidos, sin sobresaltos, poder formar.

Quedaban pocos: eran los últimos que no querian
del patrio lago las ensenadas abandonar,
sin contajiarse con el ejemplo de los que huian,
confiando siempre de los peligros poder salvar.

Mas, desde entónces fué su destino, destino aciago:
ser el objeto de encarnizada persecucion:
vióseles siempre de un lado a otro cruzar el lago,
huyendo tímidos de la presencia del cazador.

I al fin, cansados los pobres cisnes de andar hu-
[yendo,
se reunieron en una triste tarde otoñal,
len la ensenada, donde solian dormirse oyendo
a cantinela de los suspiros del totoral.

I allí acordaron que era prudente tender el vuelo
hácia los sitios desconocidos del invasor;
yendo mui léjos, talvez hallaran bajo otro cielo
lagos ocultos en un misterio mas protector.

I la bandada jimió de pena, sintiendo acaso
tantos amores, tantos recuerdos dejar en pos!
Batieron alas; vibró en el aire frú-frú de raso
que parecia que era un sollozo de triste adios!

*
* *

Reina en el lago de los secretos tristeza suma,
porque hoi no vienen sobre sus linfas a retozar,
como otras veces, los nobles cisnes de blanca pluma,
nota risueña que ya no alegra su soledad.

Si, por ventura, suelen algunos cisnes ausentes,
volver enfermos de la nostaljia, por contemplar
el lago amado de aguas tranquilas i trasparentes,
lo hallan tan triste que, alzando el vuelo, no tornan
[mas!

FEDERICO GANA

La Maiga

La Maiga

Aquella mañana de invierno me sentia poseido de una incomprensible hipocondría.

Sentado frente al escritorio, trataba de contraer mi atencion sobre el cuaderno de cuentas del fundo, que tenia abierto ante mí; pero al mirar por la ventana el dia brumoso i oscuro, los húmedos ramajes de los pinos i naranjos del jardin que se destacaban sobre un cielo de leche, volvia a sumerjirme otra vez en mi triste somnolencia, en mi inmotivado abatimiento.

—Hoi no hago nada, no puedo hacer nada,—pensé levantándome bruscamente de mi asiento i desperezándome.

En ese instante, la puerta del escritorio se abrió, i mi perro de caza, Mario, un gran *pointer* de pelo

781001

café, se lanzó con su acostumbrada violencia sobre mí, haciéndome las mas exajeradas caricias.

¿Qué haré hoi? pensaba, conteniendo de las orejas i las patas al nervioso animal que me manchaba el traje con su piel mojada por el rocío de la mañana. Por un instante me regocijó la idea de salir a cazar; pero me sentia fatigado para emprender una marcha, i, ademas, el pasto estaria demasiado húmedo aun.

Entónces me acordé de mi buen amigo, el párroco de la vecina aldea de Y. Iria a hacerle una visita matinal. Veia con la imajinacion su redonda, séria i arrebolada cara de fraile gastrónomo; i me alentaba con la idea de desvanecer mi aburrimiento con su alegre charla i su grueso vinillo moscatel que conservaba todo el áspero sabor del lagar de cuero.

Mandé ensillar mi caballo, i un instante despues salia.

El caballo se estremecia de frio i de impaciencia bajo el corredor.

Subí rápidamente, i partí al galope.

Una espesa i fria neblina cubria toda la estension del horizonte. A ámbos lados se estendia la uniforme línea gris de los álamos desnudos de follaje, mojados por la constante llovizna, goteando el agua sobre la tierra negra i fangosa del camino real. De cuando en cuando, un sauce, una gran mata de zarzamora asomaban sus oscuras siluetas entre la bruma; i mas allá la sucesion de potreros tapizados de trigo naciente, de terrenos recien arados, de cercas de es-

pino, de alamedas i de vegas teñian la niebla con vagos tonos verdes, sombríos, amarillentos i blanquecinos. Las perdices se llamaban alegremente en los cercados, i algunos zorzales pasaban mui altos, silbando, sobre mi cabeza....

A poco andar, el camino declinaba bruscamente, desembocando en un ancho i fangoso estero cubierto de lamas i *batrales;* sus aguas tenian un débil reflejo de acero bajo la bruma.

La niebla principiaba a romperse rápidamente, recojiéndose como un inmenso telon de teatro hácia las montañas lejanas. Sobre los surcos oscuros i los pantanos vagaban todavía algunos ténues vapores; el aire adquiria una intensa claridad bajo las nubes espesas i un soplo de estraña calma parecia adormecer todo el paisaje.

Despues de pasar el estero, en un alto árido i pedregoso, divisé el cementerio del lugar. Por encima de las tapias ruinosas, entre viejos sauces i rosales, asomaban algunos mausoleos: enormes columnas truncadas teñidas de cal, ánjeles de yeso, grandes cruces negras con adornos de papel blanco. ¡Pobres muestras de la vanidad lugareña!

En el corredor de la sucia i pobre casita del sepulturero, una mujer embozada en un pañuelo rojo, soplaba el fuego, miéntras sus hijos harapientos, con los pies desnudos, jugaban en el camino real.

Al dar vuelta un recodo, me ví detenido de improviso por una pequeña partida de hombres a caballo.

Era un entierro de pobres en descanso.

Reconocí a algunos inquilinos de las haciendas vecinas.

Permanecian casi todos inmóviles sobre sus flacos caballejos, espoleados i sudorosos.

En sus rostros tostados por el sol, bajo las gorras de algodon azul o los sombreros de anchas alas, vagaba una espresion de tristeza afectada, soñolienta, casi sonriente...

Observé sin dificultad que casi todos esos dolientes ecuestres estaban ébrios; el alcohol bebido durante la noche i la madrugada, miéntras se velaba el cadáver, los excitaba tal vez a esa inconsciente melancolía.

Me acerqué a uno de ellos, un viejo de luenga barba gris, un *campañista* de uno de los fundos colindantes, i le pregunté en voz baja:

—¿A quién llevan?

—Es a la Maiga, señor, la hija de don Manuel, el que vive en las «Tres esquinas»,—me respondió, sacándose lenta i respetuosamente su agujereado sombrero.

Dirijí la mirada a mi alrededor i entónces ví sobre la tierra negra del camino unas angarillas sobre las que se amontonaba un bulto envuelto en una tela sucia i harapienta. En la parte superior del cuerpo, que talvez correspondia al seno, habia atada una pequeña cruz blanca de madera de álamo; i a poca distancia los angarilleros sentados en el suelo,

con las mangas arremangadas, fumaban tranquilamente sus cigarrillos de hoja.

Contemplaba casi sin atrever a moverme, como entumecido de frio, las angarillas, el bulto negruzco, inmóvil, esos hombres tan pobres...

La Margarita, la *Maiga*: i una imájen de mujer venia a mi memoria... Yo la habia conocido en otro tiempo. Un dia nebuloso i frio como este, en que, acompañado de algunos amigos jóvenes i alegres, iba de caza, me habia detenido a beber una copa en la fonda donde vivia aquella muchacha.

Me parecia ver aun su enmarañada cabellera castaña, sus largas trenzas, sus grandes ojos pardos inclinados ante las bruscas galanterías de mis compañeros de caza, miéntras ella sostenia respetuosamente el platillo, esperando que bebiésemos, sonriéndose como avergonzada....

Miré una vez mas hácia la tierra, i entónces advertí unos pequeños zapatos manchados de barro que sobresalian de la mortaja.

No sé si la calma de ese dia de invierno o el silencio de aquel cortejo campesino, me inclinaban a la contemplacion; el hecho es que permanecí inmóvil sobre mi caballo observando minuciosamente los detalles de la escena.

En medio del círculo de jinetes, habia dos individuos desmontados, con la cabeza descubierta, a poca distancia del cadáver.

El uno era don Manuèlito, el propietario de la *chingana* de las «Tres Esquinas», a quien apodaban

el Peuco en los alrededores, a causa de ciertas rapacerías antiguas i modernas. Era un viejecillo flacucho i encorvado, con ese aspecto sucio i miserable que se advierte jeneralmente en nuestros campesinos ancianos. Vestia una larga manta vieja i deshilachada, unos pantalones de mezcla mui cortos i unas ojotas embarradas. Su rostro escuálido i anguloso, sus ojos pequeños, oblícuos i vivaces; sus cejas que se alzaban a cada instante con un movimiento nervioso i maquinal; su escasa barbilla gris i la contraccion de sus delgados labios, le daban una espresion de malicia siniestra. Dirijia rápidas i penetrantes miradas en todas direcciones, como inquiriendo la causa de todo aquello; de cuando en cuando, pasaba lentamente su gruesa mano de trabajador por la cabeza amarrada con un pañuelo de rayas coloradas.

El otro individuo era un muchacho de elevada estatura, esbelto i desgarbado, de rostro mui moreno, i al parecer de unos veintidos a veintitres años.

Su traje de campesino casi nuevo, la pequeña manta de colores resaltantes, el sombrero de pita, las grandes espuelas enchapadas en plata i un pañuelo de seda azul que llevaba anudado al cuello, formaban vivo contraste con la pobreza de la indumentaria de los otros dolientes. Permanecia inmóvil, con la cabeza inclinada i los brazos caidos. Sus ojos, enrojecidos i dilatados, fijos con persistente atencion en el cadáver que tenia delante, brillaban como áscuas bajo las cejas fruncidas. Su barba, un poco alargada, temblaba convulsivamente.

De pronto, el muchacho alzó bruscamente la cabeza, dirijió la mirada hácia un punto indefinido, i, lanzando un hondo suspiro, esclamó con voz fuerte:

—¡Ya la Maiga no aposentará mas por estas tierras!

I luego, volviendo lentamente hácia el viejo su rostro contraído que parecia animarse con una sonrisa, agregó con acento de dulce i dolorosa reconvencion:

—Don Manuel, don Manuelito, si Ud. me hubiese escuchado cuando le hablé, esto no habria sucedido. Ud. se acordará de cuando fuí a su casa i le dije lo que habia.

El viejo, al oir estas palabras, volvió violentamente la cabeza a otro lado, i dijo con tono breve i seco:

—I qué sacas con venir a hablar de eso ahora.

El muchacho insistia dulcemente:

—Pues ahora es cuando hai que hablar, don Manuel, para que se sepan las cosas, ahora que es el último dia... Ud. lo sabia mui bien que la Maiga i yo estábamos palabreados.

El viejo movió despreciativamente la cabeza, murmurando entre dientes:

—A buen caballero le iba yo a entregar mi hija.

I en seguida agregó, irónicamente, en voz alta:

—Ya que estás hablando tanto, ¿por qué no cuentas aquí cuánto tiempo estuviste en la cárcel?

Al escuchar esto, el muchacho le dirijió al viejo una mirada torva, cargada de contenido rencor, i le dijo con voz sorda i amenazadora:

—Don Manuel, don Manuel, no me venga a decir esas cosas...

De repente, su vista, turbada por el alcohol i la cólera, me percibió, i entónces, alzando violenta i descompasadamente los brazos, echando atras la cabeza en ademan de súplica, avanzó hácia donde yo me encontraba, dando traspiés, enredado en las espuelas i gritándome a grandes voces con ese acento agudo i discordante del ébrio excitado por la pasion:

—¡Mi señor, mi caballero, por favor, no se vaya, oiga, óigame, porque don Manuel me quiere avergonzar aquí, i yo voi a contarle a Ud. lo que ha hecho él!

Llegó cerca de mí, i apoyando pesadamente uno de sus brazos en el cuello de mi caballo, miéntras accionaba con el otro, principió a hablarme con voz monótona i entrecortada:

—Mi caballero,—i ahí están todos para que atestiguen si no es cierto lo que digo,—cuando vivia mi padre fuí un dia a ver a don Manuel, i le dije: Don Manuel, yo he palabreado a su hija de matrimonio, i vengo a saber si Ud. consiente. I él me dijo que sí al principio; pero, despues, como le llegaba jente a su casa i la Maiga les cantaba i como vió que tambien venian caballeros a gastar por ella, me dijo que nó. Al poco tiempo supe que el negocio iba mui bien, porque los caballeros venian por la Maiga, i andaban detras de ella con el consentimiento de don Manuel, que le pegaba a su hija porque no era condescendiente. Cuando me contaron que don Manuel

la habia entregado a un caballero por plata que recibió, i ya mi padre era muerto, la Maiga se queria venir conmigo, pero yo no quise nunca. I ella sufria por mí, i me mandaba recados de que fuese a verla. Casi siempre la encontraba por el camino, mui elegante, i se sonreia, i como que queria hablarme; pero yo, que tenia partido el corazon, le picaba las espuelas a mi caballo, porque ella habia andado en cosas que no podia aguantar. Despues lo vendí todo i me puse a remoler por culpa de ella, hasta que le dí una puñalada a uno, i me metieron a la cárcel; i ahí he estado padeciendo, señor, i todo a causa de este hombre que vendió a su hija i me ha hecho desgraciado!

I ahora, mi caballero, dígame si no tendré razon para avergonzar a este viejo delante de todo el mundo, ahora que vamos en este entierro a dejar a la Maiga, que se murió de pena porque yo no me acerqué a ella... porque me queria!

Al terminar, dejó caer violentamente la cabeza sobre el cuello de mi caballo, restregó con desesperacion la frente contra las crines i prorrumpió en un largo e inarticulado jemido de borracho...

Lo aparté suavemente i me alejé al galope...

CÁRLOS PEZOA VELIZ

Pancho i Tomas

Pancho i Tomas

Pancho, el hijo del labriego,
i su hermano el buen Tomas
serán hombrecitos luego:
Pancho será peon del riego
i su hermano capataz.

Porque los chicos son guapos
de talladura i de piel:
viven como unos gazapos
entre un bosque hecho guiñapos
o algun llano sin dintel.

O montados en el anca
frescachona i montaraz
de alguna arisca potranca
que ha crecido en la barranca
sobre la avena feraz.

¡Son ya mozos! Pancho lleva
cumplidos veinte i un mes.
Es un mozo a toda prueba:
¡no hai bestia por terca i nueva
que no sepa quién Pancho es!

Porque el muchacho es bravío;
rubio como es el patron;
como él detesta el bohío;
ama el poncho, el atavío,
i usa un corvo al cinturon.

¡Ah, qué cosas las de Pancho!
¡Qué alegrote i qué feraz!
¡Cómo se alboroza el rancho
cuando echa a una moza el gancho
en una frase mordaz!

¡Qué continente! Es el vivo
retrato del buen patron;
como él, nervioso i activo,
jesto brusco i agresivo,
pendenciero i socarron.

Tomas cumplió los veintiuno,
pero no es mozo de lei;
es honrado cual ninguno,
ni es pendenciero ni es tuno,
pero es fuerte como un buei.

I su hondo deseo fragua
una dicha que es mejor:
tener chacra, un surco de agua,
una mujer, una guagua...
¡todo un ensueño de amor!

Ama el rancho, las faenas;
ama el rancho, la mujer...
A veces le asaltan penas
si las tierras no son buenas,
si el agua tarda en caer.

I asi los dos muchachones
viven en juerga feliz:
Pancho hondea a los gorriones;
Tomas canta... Sus canciones
huelen a trigo i maiz.

Pancho es alegre. Su frase
lleva el chiste i la intencion;
su frase, robusta nace
i en risotadas deshace
su endiablada perversion.

Tomas, bonachon, sumiso,
monta en precoz gravedad,
si Pancho horada el carrizo
o si atrapa de improviso
fruta de ajena heredad.

Pancho corre. Tomas mira
crecer al viento la col;
Pancho abrupto monta en ira
si el pobre Tomas suspira
en la caida del sol...

I en la noche Pancho se echa
sobre el colchon de maiz.
El viejo habla de otra fecha...
Tomas lo sigue, repecha
otra edad i otro pais.

Otro pais en que hai reyes
bondadosos i en que hai bien,
vacas encantadas, bueyes
de oro, pastores i greyes
con astas de oro tambien.

I en que no hai mejillas flacas,
ni hombres que ultrajados son;
i en que hacen mil alharacas,
chicos, trigales i vacas
en eterna floracion.

I en que el labrador, buen amo
i siervo de sí mismo es,
i en que la encina, el retamo
sólo se entrega al reclamo
del que la encontró al traves.

Luego Tomas se va al lecho
i el viejo i todos en pos:
todos miran hácia el techo;
i, las manos en el pecho,
cuentan sus penas a Dios.

I pasa un dia, otro dia,
otra semana i un mes;
pasa un tiempo de alegría,
otro de melancolía,
i otra alegría despues.

I pasa un año i otro año,
otro año mas, i otro mas...
Pancho siempre alegre, estraño;
el viejo hablando de antaño
i oyendo absorto Tomas...

La tierra es siempre fecunda,
duro el amo, manso el buei;
su testa meditabunda
se hunde en la huella profunda
del pastor i de su grei.

Como si eterno desdoro
le hiciera por siempre andar
en busca de algo incoloro:
una hembra, un potrero de oro
que viera en sueños pasar...

La tierra es siempre robusta;
el amo siempre es señor
bajo la herencia vetusta:
siempre el peon bajo la fusta,
la oveja bajo el pastor.

Pancho ha crecido en la brega
como un potro, brusco, audaz;
Tomas el terruño riega...
(El amo ha dicho en la siega
que lo haria capataz).

Tomas es padre. Un año hace
que Teodora es su mujer:
un rancho, un niño que nace...
Cerca un corderillo pace...
¡Todo un ensueño de amor!

Pancho es un mozo bizarro,
vicioso, alegre i mordaz;
gusta el licor i el cigarro...
(¡I hasta haria un despilfarro
por la mujer de Tomas!)

Porque ésta que es moza guapa
revoltosa i de intencion,
a todo el mundo se atrapa;
i de sus ojos se escapa
algo como una cancion.

I por eso Pancho ronda
su rancho al anochecer;
i cuando ella va a la fonda
Pancho convida a una ronda
por Tomas i su mujer.

¡Ah, qué cosas las de Pancho!
El es mozo i ella es mas:
los dos se tienden el gancho...
¡No hai en la comarca un rancho
como el rancho de Tomas!

I mientras Tomas trabaja
Pancho llega. I si ella ve,
vuelve el caballo, lo ataja
i hace cantar la rodaja
en la espuela de plaqué.

¡Qué garbo! El mozo es bravío
rubio como es el patron;
sus ojos destellan brío,
ama el poncho, el atavío
i usa un corvo al cinturon.

I su ademan que perturba
i sus ojazos de curva
noble, su porte, su tez,
son bellos. Su frase turba...
¡Vaya un muchachon cortes!

No es humilde su aparejo;
no es rústica su espresion,
ni es campesino el gracejo
con que se burla del viejo,
sério, brusco i socarron.

I como es igual al amo
todos preguntan por qué...
¡Decid al leño, al retamo,
de dónde ha venido el gamo
de alto cuerno i ájil pié!

El mozo entra... Afuera hai ruidos
tristones. Canta un gorrion
e imperceptibles tañidos
hablan de insectos perdidos
comos ecos de una cancion.

Los jilgueros revoltosos
i hasta un errabundo tril,
cantan versos olorosos
en los troncos achacosos
o en la viña juvenil.

Allá léjos los ganados
guia un muchacho pastor
por los potreros hastiados...
Los bosques ensimismados
beben con ánsia el calor.

I un riachuelo clandestino
se queja... Allá una perdiz...
I léjos hai un espino
i un jilguero campesino
que se oculta en el maiz.

¡Pobre Tomas! Pancho toma
fruta de ajena heredad.
Pobre! En la vecina loma
se ha perdido una paloma...
¡Aves del bosque, llorad!

¡Nunca el agua que se estanca
junto al rancho del peñon
borboteará en la barranca
que vió pan i leche blanca
en la mesa del peon!

La labranza ni el sosiego
nunca, nunca volverán...
ni sus noches de labriego,
ni su mesa junto al fuego
ni sus charlas junto al pan.

Todo se irá. La faena,
el rancho, la ájil mujer...
Labriegos de faz morena,
¡llorad, llorad por la pena
de Tomas i su mujer!

¡Nunca el agua que se estanca
junto al rancho del peñon
borboteará en la barranca
que vió pan i leche blanca
en la mesa del peon!

I pasa un dia, otro dia,
otra semana i un mes...
La noche impasible i fria
deja su melancolía
sobre los campos en mies.

I pasa un año i otro año;
otro año mas i otro mas
hallan al peon siempre huraño...
El viejo no habla de antaño
porque ha tiempo duerme en paz.

La tierra siempre es fecunda,
duro el amo, manso el buei;
su testa meditabunda
se hunde en la huella profunda
del pastor i de su grei.

Como si olfateara el paso
de aquel alegre peon,
de aquel mozo, de aquel huaso
que usaba en la bestia el lazo
i un puñal al cinturon.

¿Dónde está? Cuatro años idos...
La guerra... Morir, matar...
Una tarde los bandidos
de kepí i dorman vestidos
asolaron el lugar.

Pancho se fué. Los sarjentos
daban órden de partir;
iban cantando. Los vientos
repetian los lamentos
de las madres. ¡A morir!

¿Por qué la guerra? La tierra
no es de Pedro ni es de Juan.
Desde el mar hasta la sierra
el amo es dueño. A la guerra
los amos no van, no van.

I los hombres que peleamos
de esta i otra patria son
todos víctimas con amos...
Somos pobres. Nos amamos
i peleamos en la accion.

...Pancho, el hijo del labriego,
i su hermano el buen Tomas
llegarán a ancianos luego;
ni Pancho fué peon del riego
ni su hermano capataz.

Pancho es un hombre aun guapo
i hace vida de cuartel:
ama el dorman i el guiñapo:
en Tacna sostuvo el trapo
i salvó a su coronel!

Es un sarjento aguerrido
i usa sable al cinturon.
El buen Tomas ha caido..
Torvo, enjuto i carcomido
ha caido en la inaccion.

I pasa un año i otro año,
otro año mas i otro mas...
Tomas vive viejo, huraño;
el viejo no habla de antaño
porque ha tiempo duerme en paz.

Duerme... la tierra le oculta...
Duerme Teodora... Dormid!
Dormid que el tiempo os sepulta!
Jente pobre, vieja, inculta,
mejor es morir... Morid!

La noche, la sombra, el frio,
la torrentera, el peñon
donde envejece el bohío...
La queja eterna del rio,
la montaña en oracion.

Todo le habla! Tomas llora...
la casa en que el amo mora
se alza. Su provocadora
techumbre suda crueldad!...

Las ruinas de hoscos tapiales
se enfantasman... Un torreon
canta diez golpes iguales:
Los profundos matorrales
prestan estraña atencion...

Duerme el víejo... Tambien ella!
Ella, el hijo, su niñez;
Tomas llora. Allá una estrella...
¿Cuándo hallar la dicha aquella?
El viento sopla: despues...

EMILIO LILLO

El Buei Muerto

El Buei muerto.

Tomas, el viejo carbonero, vagaba por los campos, acompañado de un mastin pequeño i flaco, rejistrando los matorrales, lleno de temeroso sobresalto. Gruesas gotas de sudor corrian por su frente, las que enjugaba con sus dedos encallecidos, sacudiéndolos despues con un brusco movimiento. Una espresion de inquietud i de fatiga pintábase en su rostro i sus pasos tardos i vacilantes revelaban el cansancio que le producia la larga caminata que a traves del bosque habia emprendido desde el alba.

La mañana estaba llena de luz. El sol empezaba a calentar el suelo húmedo por las neblinas de la noche. Ténues vapores se elevaban sobre los árboles del monte. Escuchábanse ruidos lejanos, ladri-

dos, mujidos i relinchos, cuyos ecos repetian las quebradas. Por todas partes vibraban alientos de primavera i el campo todo estaba engalanado de mil colores i flotaban en los aires como abejas zumba doras, las melodías de aquel concierto estraño que saludaba al sol desde la tierra.

Con el lazo enrollado en el brazo i el oido atento a los ruidos del bosque, proseguia el viejo su camino a traves de las malezas, cubierto de sudor i mojado por el agua que goteaba de las ramas que habia empapado en la noche la neblina. A cada instante azuzaba al perro:—Busca, Volador, busca—i el perro se metia rastreando entre las matas i cuando salia de la espesura algun animal asustado por los ladridos del mastin, su rostro resplandecia; pero la mas amarga decepcion se pintaba en su semblante al darse cuenta de que ese animal no era el que buscaba.

Estaba ya rendido de andar por lomas i cerros, descendiendo al fondo de las quebradas con dificultades infinitas, resbalando a veces en la tierra húmeda cubierta de hojarasca en los matorrales de las faldas o enredándose en las *quilas* que disimulaban las trampas que a cada paso encerraban los barrancos.

Atravesó una pequeña hondonada i llegó a una cerca, cuyos troncos caidos dejaban una ancha brecha en donde encontró señales recientes de que un animal habia pasado por allí.

De repente el grito penetrante de un *chucao* se oyó a su izquierda, en la espesura. El viejo se estremeció

xg.

i se detuvo anhelante escuchando los ruidos que se producian en el monte. Creia firmemente como todos los labriegos que esa avecilla presajiaba buena o mala suerte segun la direccion en que su canto sorprendia al viajador. Por segunda vez se oyó el grito del ave mas agudo i penetrante i luego un tercero que retumbó en la espesura como una carcajada histérica i burlona.

Tomas sintió que un sudor frio le corria por el cuerpo i se pasó la mano por la frente anonadado por aquel anuncio de desgracia. Ya el sol se habia elevado por encima de los montes i derramaba torrentes de luz sobre los campos. El perro que se habia echado jadeante a los pies del viejo empezó a rastrear de nuevo i dando pequeños ladridos desapareció en los matorrales.

El *Maravilla*, el buei que buscaba era forastero en la montaña i sólo hacia algunos dias que el dueño de la hacienda le habia confiado una yunta de novillos, ariscos i salvajes todavía, para amansarlos en el arrastre de maderas, con la espresa condicion de responder de ellos en caso de desgracia. Cuando fué a buscarlos esa mañana para empezar las duras tareas del dia, tuvo una sorpresa dolorosa. Sólo habia un animal en el cercado que vagaba mujiendo a orillas de la quincha.

Ayudado del mastin recorrió el potrero examinando los matorrales i barrancas, pero en ninguna parte estaba el *Maravilla*. Con profundo desconsuelo se dió cuenta de que el buei habia salvado las

vallas del potrero. Desesperado, silbó al perro i echó a andar desatinadamente en su busca por los cerros.

Hasta ese momento sus trajines habian sido inútiles i su inquietud se hacia mas visible a cada rato. El bosque estaba lleno de quebradas i hendiduras traicioneras i el suelo reblandecido por las lluvias, estaba tan resbaladizo en las laderas que el fujitivo podia caerse en la sima de algun voladero. Obsesionado por esta idea se sentó desfallecido sobre un tronco.

Un sonoro ladrido en una quebrada cercana lo hizo erguirse bruscamente i lanzarse en la espesura. Pronto llegó a un sitio en donde habia huellas frescas estampadas en el suelo húmedo. Profundos surcos demostraban que un animal de gran tamaño habia resbalado, desmoronando la tierra en los bordes de un barranco. Habia ramas rotas i mechones de pelos rojizos incrustados en los palos. Talvez por allí se habia desriscado el *Maravilla*. Se dejó caer sin titubear por aquella abertura i agarrándose de las *quilas* empezó a descender sin cuidarse de que las ramas le rompian las ropas en jirones que iban quedando juntos con pedazos de piel en las puntas de los palos secos. Los troncos podridos en que apoyaba sus pies, rompíanse bruscamente i faltándole el apoyo, rodaba por la cuesta hasta que sus manos conseguian asirse a una rama o a una raiz sobresaliente.

El siniestro presajio se habia cumplido. Delante de él estaba el *Maravilla*, tumbado en el arroyo

con las patas tiesas i enredadas en las ramas, con el cuello doblado i el hocico sumerjido en el agua i las astas clavadas en la tierra. Sin perder un solo instante, con una vaga esperanza en el corazon, el aliento entrecortado como si un anillo de hierro le oprimiese la garganta, trató de enderezarle la cabeza, forcejeando desesperadamente hasta que al fin lo consiguió. El buei no hizo el menor movimiento, sólo la lengua que colgaba inerte fuera de las fauces sanguinolentas, se balanceó un momento al cambiar de posicion. Entonces desalentado soltóle la cabeza que cayó de golpe en el arroyo salpicando el agua en todas direcciones. Estaba muerto. Un hilo de sangre negra empezó a deslizarse por el hocico entreabierto. El viejo dejó escapar un jemido hondo i prolongado i se quedó lleno de estupor, con los brazos caidos, sin espresion en la mirada. De pronto volviendo a la realidad, apretó los puños con una desesperacion infinita i se llevó las manos a la frente; luego retrocedió bamboleante i fué a apoyarse contra un árbol. Allí quedó inmóvil temblándole las manos crispadas sobre el rostro, miéntras el perro que no habia dejado de rondar al rededor del animal, lamia con ansia los coágulos de sangre en las rasmilladuras de la piel.

La voz del viejo se alzó en el silencio del bosque, quejumbrosa i lastimera.

—¡Qué suerte la mia, señor, qué suerte. ¡Con qué voi a pagar el animal, señor, con qué!—i un sollozo ronco ahogó su voz.

El perro abandonó su lúgubre tarea i gruñendo sordamente vino a restregarse en las piernas de su amo, quien lo rechazó murmurando con desaliento:

—Deja, Volador, deja.

Tenia que aprovechar a toda costa la carne de aquella res, así seria ménos sensible siquiera el peso abrumador de aquella deuda i armándose de valor se dirijió con pasos torpes hácia el buei. Sacó el cuchillo de la cintura i tras un momento de vacilacion, como si esperase algun síntoma de vida en aquella masa inerte, lo hundió violentamente en el cuello del animal. Despues le comprimió con fuerza los hijares, pero ni una gota de sangre brotó de la ancha herida. Se encojió de hombros e hizo un jesto resignado; le pasó el lazo al rededor de las astas i echándole la cabeza hácia atrás la aseguró fuertemente contra un tronco.

—Volador, vamos—dijo, i emprendió trabajosamente la subida. Cuando llegó arriba, el sol brillaba ya en el cenit. Los pájaros acudian en bandadas a pasar la siesta en el boscaje i ráfagas cálidas soplaban en las lomas taladas por el hacha i por el fuego i cuya atmósfera sofocante contrastaba con la frescura que reinaba bajo la sombra en las quebradas. Echó a andar pesadamente hácia la casa. En su rostro arrugado se reflejaba un dolor acerbo i en toda su espresion habia una amarga queja que se perdia en medio de la luz i de la alegria que respiraba el campo i el espacio.

Volador se habia quedado rezagado i seguia a

viejo de mala gana, con pasos lentos, las orejas caidas i el rabo entre las patas, volviendo la cabeza a cada instante, dilatando las narices, como si las ráfagas de viento le trajesen algun olor que le era grato. En su conciencia de bruto parecia haberse entablado una lucha violenta entre su voraz apetito i la obediencia al amo. El viejo se alejaba mas i mas i su silueta se perdió detras de una colina. Entonces se detuvo el mastin resueltamente i volviendo grupas aguijoneado por el hambre, emprendió una carrera desenfrenada hácia el barranco.

ANTONIO BÓRQUEZ SOLAR

La Oracion del Huerto

La Oracion del Huerto

...I saliendo se fué segun su costumbre, al monte de las Olivas...
I puesto de rodillas oró...
Diciendo: Padre, si quieres, pasa esta copa de mí, empero no se haga mi voluntad, mas la tuya.

I estando en agonía, oraba
mas intensamente, i fué su sudor
como gotas grandes de sangre,
que descendian hasta la tierra.
San Lúcas, Cap. XXII, vers. 39, 41, 42, 44).

El Hombre del Dolor marcha en la sombra
Como si fuera a perpetrar un crímen
I el viento negro que tras él se escombra
Vé que sus labios de pesar se oprimen,

Que hai en ellos un rictus que le asombra
El rictus de los labios que no jímen;
Que hai congojas que matan en su abismo
Tan homicidas como el hierro mismo.

La Noche como un jigantesco paño
Negro i triste en las pompas sepulcrales
De un mundo, tiembla de un horror estraño.
Como blandones de estos funerales
Las estrellas se bañan en un baño
De infinita tristeza en sus sitiales
I sus destellos pálidos o vivos
Lloran sobre la faz de los Olivos.

I ese que va con paso cauteloso,
Como un fantasma que la sombra evoca,
Sin una queja, sin ningun sollozo,
Como una muda, impenetrable roca
Que tuviera la talla de un coloso,
Sin un acento que vibrar su boca,
Es el mas grande que el planeta ha visto,
El único entre todos, ese es Cristo.

Tenebrosa es la noche de la tierra,
Pero, lo es mas la noche del Mesías,
La tiniebla que en su alma mas se cierra
Poblada de millares de agonías.

La soledad mas grande nunca aterra
Como esas de las almas, las impías
Desolaciones de las almas cumbres
Que no han sabido amar las muchedumbres.

Mirad que en tierra de rodillas ora,
I ante ese semidios que se prosterna
La inmensa Creacion, en esa hora
Solemne i única en la vida eterna,
Muda la inmensa Creacion, implora.
En su balanza pesa Dios la interna,
La enorme angustia de uno i otro abismo,
I mira que las dos pesan lo mismo.

Es vuestro Redentor, mirad, esclavos,
El que en las sombras de aquel Huerto siente
La tempestad de sus dolores bravos;
Los oprimidos que llevais la frente
Uncida al yugo, por los cuatro cabos
Del orbe, como el tardo buei paciente
Que en la cruel magnitud de su faena
Olvida hasta el rigor de su cadena.

¡Oh! vosotros que vais por los caminos
De la cruz, los oprobios i las zarzas,
Carne que hienden los colmillos finos
De los lobos sin hambre, las comparsas

De histriones, lujuriosos i asesinos
I que en los garfios del dolor te engarzas,
Carne i sangre apurada hasta las heces
En todas las brutales embriagueces.

Ved a Cristo que tiembla tal la hoja
Que un formidable vendabal golpea,
Ved que suda su sangre i se acongoja,
Con su alma que es un campo de pelea
Donde la espada es mas hiriente i roja
Porque la herida al viento no se orea,
Donde el recio clarin de la batalla
Incansable i tenaz nunca se calla.

El Cristo tiembla, tiembla como un mundo
Que va a cambiarse en sol desde los cielos
Para alumbrar hasta lo mas profundo,
Sol de paz i de amor i de consuelos.
Sobre el tiempo caduco i moribundo
Se alza este sol desde sus grandes duelos
En la frente de todas las conciencias,
De naciones, de siglos i creencias.

I ora para que al fin esto concluya:
Para que toda iniquidad se acabe,
Para que el hombre, para dicha suya,
Sólo en las fuentes del amor se lave;

Ora para que toda tierra fluya
Leche i miel de Bondad, para que el grave
Cejijunto Rencor ya no presida
Esta breve jornada de la Vida.

Él va a morir para que al fin el orbe
No sea un lodazal ni un cementerio,
Para que hermanos todos nada estorbe
A cada uno disfrutar su imperio,
Porque la tierra que el sudor absorve
Como un santo i fecundo refrijerio
Debe ser para aquel que la fecunda
Sin siervos, ni inquilinos, ni coyunda.

Ora Cristo i lo miran desde arriba,
Como unos ojos en la faz de un muerto
Las lívidas estrellas, i la viva
Angustia de Jesus crece en el Huerto
En donde es un fantasma cada oliva.
Como si fuera desde un caño abierto
El divino sudor corre a la tierra,
I Cristo desfallece, ora i se aterra.

Es que mira la noche, misteriosa,
Mas allá de su trájico Calvario
Toda esa negra noche que se esboza
Con el tremendo horror de un milenario;

Mira en todas las manos una esposa
O el puñal mas sediento i sanguinario,
Que se acrecienta mas i mas se ufana
La larga estirpe de la fiera humana.

I ante sus ojos que nubló la lluvia
Del llanto mas amargo i mas salobre,
Pasan como panteras de la Nubia
Los que odian al que es bueno i al que es pobre
Los que se yerguen mas cuando diluvia
La Maldad que hace al mundo que zozobre,
Los que visten de púrpura i encaje
Miéntras tirita el pobre aunque trabaje.

I entónces, su agonía es mas intensa,
Que sabe que su sangre ni a torrentes
Lavará los pecados, la vergüenza
De los que hundieron en el Mal sus frentes;
I el Hombre del Dolor lloroso piensa
Que siempre se verá de entre las jentes
Con la Bondad proscrita i abatida
Solo el triunfo del Mal ¡solo! en la Vida.

...I van ya veinte siglos, la plegaria
Del Cristo se ha perdido en el vacío;
Al pico de los buitres, solitaria,
Lanzaron la Virtud muerta de frío;

De cada alma de Amor han hecho un paria,
I un torvo semidios de cada impío,
I en la cima de todos los Calvarios
Dan su risa brutal los presidarios.

Si el Cristo de Bondad no pudo nada,
Hai que esperar acaso alguno nuevo
Que venga con la antorcha i con la espada,
Con la lejion que vomitó el Erebo,
Que aniquile como una llamarada,
Que sea como un trájico renuevo
De aquel que toda la barbarie enfila,
Un Cristo de Odios como fuera Atila.

PAULINO ALFONSO

Impresiones de Versalles.

Impresiones de Versalles

Versalles es un pequeño mundo aparte, que daria para ver durante semanas, i para estudiar durante meses i años.

Es un mundo sujestivo i profundamente aleccionador, aunque mundo muerto i triste.

No voi a intentar una descripcion: voi a limitarme a unas pocas impresiones.

Hai que ver en Versalles: el gran palacio, lo que llamaré el parque, los dos Trianones, el grande i el pequeño i «las chozas» (les hameaux).

El gran palacio, que concluyó Luis XIV, i que tiene por delante la estatua en bronce de este rei, consta de la capilla, de las habitaciones personales de los reyes, i de un sinnúmero de salas de distintos tamaños, ocupadas hoi casi esclusivamente con las valiosas colecciones del Museo.

En 1875 agregó la República, construyéndola sólo en tres meses, la gran sala en que se reune el Congreso en Claustro pleno para la eleccion de Presidente de la República.

Son notables en esta sala dos gobelinos del tiempo de Luis XIV, que, si no recuerdo mal, valen 1 600 000 francos, i la forma de su iluminacion, pues no hai en toda la sala una sola lámpara: toda la luz artificial así como la natural, le viene de arriba, al traves del gran *plafond* de cristales.

Está señalado con una tarjeta el sillon que ocupaba M. Thiers, cuando, levantándose del suyo (que tambien está señalado) M. Gambetta, pronunció las famosas palabras «le liberateur du territoire, le voilà».

Está tambien señalado el sillon de simple diputado que ocupaba M. Carnot al ser elejido presidente.

Lo está asimismo el sillon de ministro que ocupaba M. Faure cuando fué elejido.

M. Loubet lo fué en su puesto de presidente del Congreso, como presidente del Senado.

La capilla es de lindo estilo, i con esbeltas ventanas mui elevadas, con cristales trasparentes. La mucha luz i el color blanco que domina en ella contribuyen principalmente a quitarle todo aire de recojimiento. Añádese la profanidad del estilo, un poco sobrecargado i coqueto. No presidió allí la devocion, sino el espíritu frívolo de ostentacion i lucimiento cortesano. El cielo está pintado al óleo, con innumerables figuras, pero en tonos sombríos que desdicen de la tonalidad jeneral. Hácia atras i mui ele-

vado, el palco real; i a la derecha del altar la puerta del palco pequeño particular en que la reina oia misa los dias de la semana.

En esta capilla tuvo lugar el matrimonio de Luis XVI i Maria Antonieta.

Produce cierta impresion mezclada de recuerdos i reflexiones la visita a los departamentos de los reyes.

Descuella entre los reales aposentos el dormitorio de Luis XIV, en que, detras de una baranda, se ostenta el aparatoso lecho, alto, mui alto, i ancho, mui ancho, cubierto de telas riquísimas, i coronado por una decoracion sobrecargada color de oro, que tiene en su centro un sol, el símbolo real. A la izquierda del lecho hai una cerámica que representa al rei con su estraño perfil de cabeza de pescado, i con una peluca de cabello natural un tanto empolvada. Toda la odiosidad del largo reinado, tan lleno de orgullo, de exacciones i de sangre, aparece allí de manifiesto, i como personalizada en aquella única, real i decrépita cabeza pálida.

Estuve tambien en el dormitorio de los reyes Luis XV i Luis XVI, ménos suntuario, i mas humano, que el dormitorio del rei-sol. El lecho es sencillo; i hai en las paredes retratos al óleo de las hijas de Luis XV, todas «mignonnes», jentiles i simpáticas. Desde una de las ventanas de este aposento se presentaron al pueblo Luis XVI, Maria Antonieta i el jeneral Lafayette, a los comienzos de la gran revolucion. En el salon inmediato, de un decorado prolijo, pero artístico, hai incrustada en el suelo una lí-

nea de bronce amarillo, cuya coincidencia con un rayo de sol que se introducia por un pequeño agujero, marcaba la hora meridiana, i servia para regular todos los relojes del palacio, i en primer lugar un reloj magnífico, sobre la mesa del mismo aposento, al cual no se ha vuelto a dar cuerda desde que el rei i la reina dejaron el palacio por Paris i la muerte.

Sigue la pieza de la caza, por la cual salia la corte a los altos balcones de un patio interior, a presenciar la llegada de cazadores i reses. Despues, el comedor, en el cual, bajo una vitrina, se conservan algunos de los aparatos de mecánica con que entretenia sus ocios el rei Luis XVI, mas bien nacido para buen industrial i padre de familia que para rei.

Entre los salones rejios, por decirlo así oficiales, llama sobre todos la atencion el llamado «salon de los espejos», sala de recepcion inmensa, que no tendrá ménos de tres cuartos de cuadra, a ojo de buen varon, que está flanqueada a uno de sus lados por una serie de puertas cubiertas con espejos, i cuyas ventanas dan por el otro a las esplanadas del palacio, i en seguida, a las fuentes i jardines. La ornamentacion de esta sala, en que se habrán gastado millones, la considero excesiva i de mal gusto, sin perjuicio de innumerables bellezas de detalle.

Otro tanto cabe decir de la ornamentacion jeneral del palacio en su parte interna. Apena el ánimo considerar la cantidad de esfuerzo humano que hai allí perdido o mal aprovechado, en aras de lo que llamaré la concupiscencia de la vista i la vanidad corte-

sana; pero mas que eso, apena el ánimo considerar cómo, para realizar lujos tan estupendos, se estrujaba i oprimia al pobre pueblo, quien no tenia derecho siquiera para mirarlos una vez al año ni una vez al siglo. I esto fuera de todos los lujos de que no queda huella, i de que es preferible no quede, i fuera del lujo fatal de las guerras, a menudo desastrosas, que no sólo vaciaban los bolsillos, sino las venas del pobre pueblo. La visita a Versalles es bajo este aspecto una leccion profunda: ella sirve de ilustracion material i elocuentísima a las razones que determinaron, justificándola, la revolucion francesa, estallido breve de opresiones largas. Hoi es el palacio de propiedad nacional; sobre su pabellon central flamea la bandera tricolor, i todos los dias del año los hijos del pobre pueblo tiranizado i desangrado, son admitidos hasta el pié del lecho de los antiguos reyes. Hacen un contraste particular, i no diré estético, los pantalones rojos de los soldados sobre aquellas decoraciones hechas para casacas bordadas i talles ajustados; miéntras se oyen los acordes de las bandas militares que tocan la música en aquellas mismas esplanadas en que se dieron los conciertos reales.

El rei Luis Felipe, aunque de sangre real, rei popular, que el pueblo mismo destronó mas por veleidad que por justicia, resolvió dedicar toda la parte disponible del palacio de Versalles a un museo de glorias nacionales; i sobre la base de los cuadros históricos ya entónces existentes, que no eran pocos, empezó a acumularse i se ha seguido acumulando

cantidad enorme de cuadros nuevos, que se cuentan por millares, relacionados todos con la historia de Francia. Hai allí telas que representan desde las escenas de las cruzadas para adelante, hasta los sucesos de ayer, la muerte de Carnot i la visita del Czar por ejemplo. Mucho en todo ello (que es bien pintoresco) de interesante e instructivo, pero con algunas reservas. Cuadros que sean documentos, por decirlo así, que tengan un verdadero valor científico e histórico, hai poquísimos: citaré, como ejemplo, la recepcion de la embajada de Siam por el Emperador Napoleon III i su corte, tela pequeña, pero admirable, de Gérome, dotada de una exactitud matemática. El mayor número de las pinturas son imajinativas, i cuando se refieren a sucesos modernos, no ofrecen mas interes histórico, que el de algunos retratos. Con frecuencia adolecen tambien los cuadros del exceso de énfasis declamatoria, no estraño, en el carácter frances, sobre todo tratándose de temas guerreros. Ni dejan de notarse por muchas partes la adulacion i el oportunismo, que dan proporciones de grandes acontecimientos de interes trascendental a hechos ménos importantes, o de un carácter puramente oficial o formulario.

En las galerías de retratos propiamente dichos hai cosas bien atendibles, desde los exorbitantes retratos de Luis XIV para acá. El tipo físico de Luis XV ofrece mucho mayor distincion que el de su antecesor. Los retratos oficiales de Luis XVI, aunque llenos de lujo, denotan bonhomía. En la galería na-

poleónica hai cosas dignas de verse, por ejemplo, un retrato de Jerónimo Bonaparte, mui viejo (murió en 1860) que está lleno de vida; un retrato de Napolen III, por Flandrin. hecho con mucho cariño i respeto, pero con honradez; i especialmente un retrato de busto del príncipe imperial, vestido de paisano, con corbata blanca i banda roja, que es de una prolijidad maravillosá: se ve en él la profunda distincion de aquel tipo jóven, a quien apénas le apunta el bozo, i que reune por manera singular en su rostro los rasgos fisionómicos de su padre i de su madre.

Me llamó tambien mucho la atencion una série de buenos retratos de Luis Felipe i de su familia. ¡Qué conjunto mas interesante! El rei mismo, de fisonomía benévola, no tuvo nunca mayor nobleza de tipo, i la gordura lo vulgarizó aun mas; pero su familia... ¡cuántas personas distinguidas i jentiles! Era aquella una verdadera familia real.

El principal, a lo ménos el mas vasto, de los salones históricos es el llamado salon de las batallas. Mui hermoso salon; pocos hermosos cuadros; escaso interes histórico.

De la guerra de 1870 no hai en el museo mas que dos cosas: la defensa de una aldea, pintada por de Neuville, i la carga de Reischoffen, pintada por Morot, carga formidable que habia de anonadar el plomo prusiano, dirijida por el jeneral Margueritte, a quien, ya muerto, conduce sin embargo su caballo a todo escape contra el enemigo.

En jeneral, la pintura francesa contemporánea no

preconiza las batallas, sino mas bien los sentimientos de humanidad.

La pintura en Versalles produce, en primer lugar, un efecto sobreabundante, que empacha e indijesta un poco, aun a los ardientes aficionados.

En segundo lugar, así como la ornamentacion del palacio ha ido en jeneral pasando de moda, muchos de aquellos estilos pictóricos han ido tambien pasando de moda.

I así como Versalles es un triste relato de caducidad de glorias, es tambien un triste relato de caducidad de pinturas.

Ni faltan en Versalles, estátuas, bustos i monumentos funerarios.

Impresion total: un panteon de glorias muertas i de lujos vanos; una leccion formidable al orgullo i a la insensatez del hombre.

Despues de visto todo el palacio, pesa mas la cabeza por la reflexion que por la fatiga. Léjos de envidiar uno a los reyes i a los guerreros, casi envidia a los monjes.

Hace bien salir del palacio al parque, en que, a pesar de la ornamentacion, triunfa la naturaleza.

Hai jardines espléndidos que estaban cubiertos de una floracion exclusivamente morada, preciosa.

Hai bosques estensísimos de árboles mui antiguos, verdes ese dia con todo el verdor de la fresca primavera.

Hai un lago artificial cuadrilongo, rodeado de

esplanadas, i éstas de vejetacion, que tendrá millas de largo.

Hai fuentes con juegos de agua tan maravillosos que cuando se ponen en movimiento, aumentan como en 40 000 personas la concurrencia diaria a Versalles, que nunca baja de varios miles.

Hai multitud de estatuas i monumentos de bronce i mármol, colocados en los caminos, jardines, bosquecillos, e inesperadamente, hasta en lo mas recóndito de los lugares selváticos.

Entre las estatuas prevalecen copias de los antiguos, i las de la época, con su estilo artísticamente sensual.

Hai en medio del bosque un como teatro marmóreo circular al aire libre, rodeado de columnas dobles que soportan una coronacion tambien circular. En los espacios que dejan entre sí los órdenes de columnas, juegos de agua, i en el centro de todo, un gran monumento de mármol, de figuras desnudas i elegantes. En este recinto se daban conciertos, i representaba comedias el gran Moliére con su «trouppe».

Una porcion del parque ofrece un interes particular, por haber sido el bosque reservado a la reina, i por haber en él parajes deliciosos que hacen pensar en los cuadros de Watteau.

Tomamos el vaporcito automóvil del lago artificial, con el ánimo de visitar los dos Trianones i las Chozas.

El gran Trianon es, con todo, un palacio mas

bien pequeño, de un piso, al cual se retiraban los soberanos para recojerse un poco i gozar de un descanso relativo.

Conserva este palacio todo su mobiliario, o gran parte de él, e incluye cosas curiosísimas. Recuerdo, entre otras, un nuevo dormitorio del rei-sol, un poco ménos fatigante que el del gran palacio; una ala en que se conservan los objetos en malaquita, (piedra verde veteada de negro), con que el Czar Alejandro I obsequió a Napoleon en la época de la primera alianza rusa; una sala para el consejo de ministros, cuya curiosidad principal es la mesa redonda, hecha de un solo trozo de madera que tendrá unos tres metros de diámetro; la biblioteca i la sala de trabajo de Napoleon; el dormitorio del mismo, con amoblado sencillo i lecho de cortinas; i, finalmente, los aposentos que hizo preparar Luis Felipe para la reina Victoria cuando ésta visitó la Francia en 1846, i que se ven todavía hermosos, a pesar de que ya los estilos han cambiado.

Cerca del gran Trianon hai un departamento en que se guardan algunas carrozas del Estado, que se usaron en ocasiones solemnes, con todos sus accesorios. Están allí las carrozas que sirvieron para la coronacion de Napoleon, para el matrimonio con Maria Luisa, i para el bautizo del rei de Roma. Está allí la carroza que sirvió para la coronacion de Cárlos X. Estan allí las carrozas que sirvieron para el matrimonio de Napoleon III, i para el bautizo del príncipe imperial. En el órden de sus fechas vienen cre-

ciendo en suntuosidad, hasta que la última es de una suntuosidad imponderable: entiendo que se necesitan seis parejas de caballos para arrastrarla. ¡Quién habia de pensar que el pobre príncipe moriria destrozado a manos de los zulúes, sin herencia imperial i hasta sin patria! La pobre madre atraviesa en estos dias con su enlutado incógnito el Paris de sus antiguas dichas, i está alojada en un departamento de ese mismo hotel. (1) No hai sino una sola carroza posterior a la del bautizo del príncipe imperial, que es la que sirvió hace pocos años para la recepcion del Czar, i acaba de servir para la recepcion del rei de Italia. Es un bello carruaje, con algunos adornos de colores vistosos, pero que no se compara en magnificencia a las carrozas imperiales ni a las reales. A la que mas se parece es a la de la consagracion de Napoleon.

El pequeño Trianon es un palacete de dos pisos, discretamente ubicado en una de las partes mas románticas de la floresta, retiro íntimo para la espansion de las reinas: lo mas confidencial, lo mas delicado en voluptuosidad rejia. Domina en él el estilo Luis XVI, i los recuerdos de este soberano, i sobre todo de Maria Antonieta, puede decirse que son los únicos del palacio. Na hai aquí el recargo, ni, mucho ménos, el mal gusto del rei-sol, sino una prolijidad

---

(1) Hotel Continental

artística, i como un dejo del perfume de las coqueterías reales.

El aposento principal servia a un tiempo de salon de comedor. Toda la parte central del mismo, en que se colocaba la mesa de comer, podia bajarse a un subterráneo, con la mesa puesta, quitarse allí la mesa, i volverla a subir, sin que casi se conociesen las ensambladuras. Hai en las paredes grandes retratos de cuerpo entero, i en plenos trajes de ceremonias, del rei i de la reina.

En el «boudoir» de Maria Antonieta, pequeño i sencillo, hai un busto de ella que el populacho destrozó, pero cuyos pedazos se recojieron i han sido pegados.

El dormitorio de la reina es tambien pequeño i sencillo, con un lecho mullido coronado de cortinas, i cubierto con la misma colcha de seda bordada i encajes que ella dejó.

Es peculiar i significativa la circunstancia de que este aposento, con ser pequeño, tuviese, fuera de dos puertas aparentes, i de las dos ventanas al espléndido parque, que le dan vista paridisíaca, cinco puertas falsas i disimul das en los tapices de las paredes En jeneral, eran frecuentísimas en estos palacios las puertas falsas i las aberturas para subterráneos. Excusado es decir que tales retretes i misterios no se abren al público.

No léjos del pequeño Trianon, al lado de un arroyo sobre el cual hai un puente de troncos, se levanta un pequeño templo circular de columnas de mármol,

cobijado por ramajes protectores: «el templo del amor».

¡Cómo en la oscuridad de aquellas avenidas boscosas parecen vagar todavía las sombras jentiles de caballeros i damas cortesanas, i escucharse aun el rumor de sus palabras apasionadas i de sus besos de fuego!

Por allí cerca está la parte mas interesante del parque de Versalles tan grande casi como todo el de Bolonia: la parte de las Chozas (les hameaux).

Alrededor de una lagunita que me hizo recordar la antigua laguna de nuestra Quinta Normal, entre árboles la mayor parte seculares de gruesos troncos i de follajes airosos i variados, levántanse cinco o seis construcciones rústicas cubiertas de yerbecillas i patina, a corta distancia las unas de las otras, de murallas relativamente frájiles i techos de totora o paja, i de formas en que se combinan de la manera mas armónica la elegante simplicidad con el capricho pintoresco: es el resúmen de la gracia francesa aplicada a construcciones rústicas, en medio de una decoracion natural adorable.

La mayor de las casas, que es de dos pisos, consta de secciones distintas que se enlazan con una especie de puente sobre soportes de madera i el suelo en seco, tambien techado, que sirve como de balcon para dominar los principales puntos de vista del paisaje.

No está léjos el molino i a la vez choza en que las reinas i princesas se daban el lujo selecto de ir a

trabajar con sus propias manos perfiladas al harina, la leche i la mantequilla, para hacer panes, tortas i pasteles que encontrarian ellas excepcionalmente sabrosos, i que serian, no hai que dudarlo, objeto de picantes comentarios i lisonjas caballerescas.

A poca distancia de la anterior, hai una construccion pequeñita que pudiera llamarse mirador, por la alta torrecilla con balcones que ofrece, i desde la cual se dominan otros puntos de vista que desde la construccion principal.

I casi contigua a esta última, hai una pequeña choza, siempre por el mismo estilo, destinada para casa del cura, cuando iba a tomar su veranito por aquel eden surcado por tan peligrosos ánjeles.

Llegamos a las Chozas despues de haber visitado todos los palacios, i a la hora vespertina, que añadia a su encanto.

No puede ménos de aplaudirse cordialmente la réjia ocurrencia de aquellos grandes señores i señoras de prepararse por medios al parecer elementales, i sin embargo artísticos, un retiro tan fresco i puro. ¡Cuánto debia de placerles el volver, aunque fuese por dias u horas, a la dichosa comunidad con la naturaleza, i reposar sus ojos fatigados de cuadros, de estatuas, de recargos arquitectónicos, de metales preciosos, en un campo simple, i en chozas pequeñas de paredes desnudas i techos de totora! ¡I con qué jolgorio de emancipacion cortesana irian las jóvenes i grandes señoras a hacer sus panes i sus tortas

despues del enfado de las recepciones o del escrúpulo de las aventuras!

Hoi es aquello un lugar de peregrinacion para la jente de gusto i de arte; hoi van allí los pintores i fotógrafos a trasladar a sus telas o papeles, i a popularizar por la Francia i por el mundo, aquellos aspectos halagüeños que fueron por largo tiempo el privilejio de unos pocos, no envidiables despues de todo.

Paris, a 25 de Mayo de 1905.

MAX. JARA

El Agua

El agua.

(A tí, vírjen sedeña,
la que tiembla i suspira,
que se duerme i que sueña
i que tiene al correr quejas de lira).

I semeja la fuente
muchacha que gorjea.
Lleva un beso de luz sobre la frente;
i el beso de su labio mata i crea.

Sangre de abajo, lágrima de arriba,
desata tu puñado de gorjeos;
tú, que vas fujitiva
finjiendo sucesiones de aleteos.
Preludia tu cancion de Primavera
al beso de las ávidas raíces:

el gran misterio te llamó su obrera
¡oh, tú, la madre de los dias grises!
El gran misterio ha hecho
de cada copo de tu espuma un labio
i cada copo nos evoca un nido.
En tí beberá el sabio.
Resbala cual sonrisa cristalina
sobre esa joya rústica, el guijarro.
Tras tus bodas de luces con el cielo
celebra tu connubio con el barro.
Alégrate en la selva polvorienta,
desgárrate la entraña en la cascada,
promesa de verjel i de tormenta,
¡oh gran serpiente alada!
El verso de tu espuma
tiene estremecimientos de capullo;
el verso de tu bruma
es la condensacion de un gran arrullo.
Bate el ala invisible de tu verso
como un sollozo alado que se aleja
del lago, que es pupila que se queja,
hácia otra gran pupila: el cielo terso.
Desata tu puñado de gorjeos
esencia de la vida; tú eres llama.
Tu hálito tiene ardores de deseo:
apresúrate i ven; la tierra te ama.
Preludia tu cancion, madre del hielo,
por sobre el ágrio torso de las sierras.
La luz es la sonrisa de los cielos
i tú eres la sonrisa de la tierra.

Apresúrate i ven, sangre de abajo.
La arista del cristal de tus entrañas
que desgarra la roca, hace los tajos
que borran las montañas.
Sacude el ala ¡oh noble!
Sobre la tierra i con la tierra vuela
tu desmayo otoñal, savia de roble.
Sacude el ala ¡oh santa!
el ala temblorosa
por la nostaljia del azul, i vuela.
Cuando la besa el sol que se levanta
tu nube es como el vientre de una esposa.

ERNESTO MONTENEGRO

La Gran Ciudad

La gran ciudad.

Valparaíso, 1905

I.

Allí la gran ciudad... De la ribera
al monte en apretada muchedumbre,
tal una caravana que surjiera
de las aguas, en marcha hácia la cumbre
i acampara en el áspera ladera.
Rueda desde el repecho a la hondonada
i trepa tumultuosa la pendiente
o en larga fila se hunde en la quebrada.
El mar, solemne se dilata al frente.
I ante las cumbres del confin lejano
que bosquejan mas amplios horizontes,
se dijera que pasa por el llano
un rebaño de montes
que ha venido a abrevar al oceáno!

Allí la gran cosmópolis sonora
bajo el cielo invernal, donde retumba
la enorme orquestacion de la faena
que ya desde la aurora
por sus revueltos ámbitos resuena.
Voz clamorosa i múltiple, se espacia
con ecos de protestas i jemidos
i luego en un solo haz desborda i vácia
sus parlantes aludes
como alados torrentes de sonidos!
El eco sus vorájines dilata
cual si las multitudes
fuesen una viviente catarata.

Al unísono estruendo
del taller, de la fábrica i la via,
sobrepuja en su lírico crescendo
el pitazo del tren o el impaciente
repique del tranvía.
Vaga al rumor de la ciudad rujiente
un hálito febril. Múltiple i rudo,
insufla actividad o vierte encono,
i en su potencia, mudo,
sobre todo rumor se eleva un tono!

Crepitante en su afan, deslumbradora
la gran ciudad, como una vasta feria
guarda la creadora
fecundidad de un dios. En su atavío
asoma sus andrajos la miseria

junto a la esplendidez del poderío.
Es un fantasma gris cuando se cubre
con su embozo de nieblas, cuando no arde
bajo su inmensa cúpula bruñida
en el celeste incendio de la tarde!
I en su falaz grandeza,
como una cortesana está tendida
sobre la virjinal Naturaleza!

El prodijio vital que arde en su seno,
en ráfagas de vida
por sus ámbitos va fecundo i fuerte
con el perdido clamorear de un trueno.
Su soplo creador triunfa de todo:
infunde aliento a la pasion dormida
i resucita en la materia inerte!
Allí la usina estrepitosa, el rudo
ritmo de la faena i el concierto
de la sirena i el pitazo agudo
en la febril actividad del puerto.
La polea crujiente, la campana
de vibrantes canciones.
El tren que rueda por la arteria urbana...
Luego los ecos graves
del arrabal, donde la vida apremia,
donde la Esfinje de semblante torvo
recluta sus lejiones
i pasa entre los hálitos del morbo,
—hidra de cien cabezas—la Epidemia!

La multitud que en sus entrañas lleva
de un implacable vértigo el empuje;
eternamente fluye i se renueva.
Ella en múltiple coro,
como el torrente que avanzando ruje,
pasa entonando la cancion del oro.
En sus turbas sombrías
—rápida la flexion, la faz huraña—
reproduce aquel jesto de otros dias,
cuando habitó salvaje la montaña!
I la sombra de vicio i de lujuria,
la que al pasar, tras el insulto necio,
tiene para el imbécil que la injuria
una mirada, una sonrisa, un precio.

....

Anfiteatro sin luz, niebla que sube,
lontananzas fantásticas, guiñapos
náufragos de los cielos
i las ráfagas sueltas como harapos
de una bandera colosal: la nube!
Paisaje de Carrière... Tras de los velos
grisáceos de la bruma,
la ciudad en un fúnebre mutismo
su silueta difuma.
Hai en esta quietud una estupenda
vision, que se dijera el espejismo
de un paisaje boreal, falto de savia,
o acaso en la leyenda,
la silueta espectral de Escandinavia!

II

Su lamentable historia
dice el lenguaje del Dolor. Sus dias
acrecientan la pájina mortuoria
de todas las catástrofes sombrías.

Cuando el fantasma de un sangriento augurio
fué por sus calles en clamor de Huelga,
i hasta los malecones,
en donde el fardo como ahorcado cuelga,
empujó sus famélicas lejiones.
Fué una vision aterradora... El odio
sobre la destruccion puso la llama
al coronar el último episodio.
Era la diosa Rebelion que iba
azuzando las turbas, firme al brazo
el candente oriflama
de una estupenda relijion altiva!
La muerte fué el compendio
de la afrentosa lucha, el fusilazo
desgarró las banderas purpurinas...
En la jornada trájica, el incendio
era como aureola de las ruinas!

Cuando la tempestad abrumadora
resuena en torno a la ciudad, i el grito
de su potente orquestacion sonora
los ámbitos conmueve,

la nube anega el diáfano infinito
hasta lejanos horizontes. Llueve...
El viento bramador que se abalanza,
la negra noche de rumores puebla:
es el bravío Septentrion que avanza!
El rayo lanza en su zig-zag de fuego
un zarpazo de luz a la tiniebla.
La nube al estallar, deslumbradora,
con clamoroso ruego,
su seno rasga, se retuerce... i llora!
Hartas de presa humana, enfurecidas
las rachas invernales
van devorando vidas,
cuando baten del mar hasta la cumbre
con su ala de huracan los temporales...

III

Gran ciudad! sirenaica
de toda incauta multitud, fascinas
en tu doliente realidad prosaica.
Esplendes en el brillo
de cien palacios i de cien preseas,
mas sobre sus heráldicas suntuarias
pone su horrible faz el conventillo
o apagan su esplendor las chimeneas!
I ayer... cuando yacías
de un fatal aluvion bajo la ola,
lívida al sol de invierno, un rayo tibio
no llegaba a tus cúpulas sombrías
i te dejaba entristecida i sola!
Eras un muerto i colosal anfibio...
De tu perfil bizarro
te alzaste en los escombros, desolada,
reproduciendo la vision sagrada:
busto de oro en pedestal de barro!

Gravitas formidable i altanera
sobre la tierra erial. Tu fondo mismo
guarda los dramas de una vida entera,
porque eres una vida hecha guarismo!
En tus ámbitos late
la pasion jenerosa, la locura,
la fiebre delirante del combate.
Tu alma febricitante, siempre en feria

su amarga dósis de dolor apura
bajo un velo de espléndida miseria...
En la nocturna calma
se torna grave i mustia tu grandeza.
¡Eres así porque te falta el alma,
el alma de la gran Naturaleza!

I quedas silenciosa i solitaria
en la alta noche. La quietud del sueño
pesa como una losa funeraria
sobre tus calles aun estremecidas
por la agonía de un postrer empeño.
Al horizonte, las rojizas lumbres
son las constelaciones suspendidas
en el anfiteatro de las cumbres.
Duermes tu sueño de titan cansado
en silencio i a solas,
miéntras el mar, tu adusto enamorado,
canta en la serenata de las olas!...

RAFAEL MALUENDA

Animae Facies

Animæ-Facies

(Monólogo)

He vacilado ántes de subir a esta tribuna; he vacilado en rehuir esta palabra que se me otorga, pero desde hace un momento me obsesiona el deseo de corresponder a vuestra oferta con mi franqueza, mi absoluta franqueza.

Al recibir la esquela que me invitaba a hablar esta noche, yo pensé: «qué podré decirles? Ellos creen conocerme i no me conocen; desde hace tiempo soi un estraño para ellos. Qué podré decirles?»

Por eso fué mi ánimo rehuir esta oferta, pero me retuvo el deseo de hacer brillar la Verdad aprovechando este instante... Yo no podia seguir engañando, prolongar esta falsa situacion i resolví hablar,

darme a conocer, desgarrar vuestra máscara i en estos dias que han mediado, mi deseo se ha hecho mas intenso, ha crecido hasta el sacrificio...

Hasta el sacrificio, sí; porque mi confesion va a disipar ese halagador concepto que os habeis formado de mí desde que mi viudez me arrojó en la soledad en que vivo... Estais engañados; no es el dolor quien me aisla, no es la nostaljia de Ines la causa de mi recluimiento: es que su muerte hizo brillar en mi conciencia la Verdad i quien ha sentido la Verdad no está con vosotros...

Mentis todos! No hai entre vosotros una sola actitud que no mienta, ni una espresion que no sea falsa... Os he estado observando desde que entré aquí i ni un solo instante habeis dejado de engañar....

Gracias, señor, pero vuestra indicacion huelga en este instante porque mi serenidad garantiza el respeto que me merece este sitio. En cambio permitidme sostener lo dicho:

Todos sois falsos!

I acaso pretendáis conocerme i por eso habeis querido escucharme esta noche; pero esas miradas de asombro, esos sobresaltos, esa impaciencia son los caractéres de la máscara con que se recibe a un estraño... Detened un instante ese torpe juego de guiños!

Qué? I qué me importa, señor, su pobre opinion; su pobre opinion que ha necesitado de lo que digo para pronunciarse, miéntras la mia prescinde de ellos para gritarles:

Sois falsos!...

Pretendeis conocerme... i sabeis quien soi yo? porqué estoi sólo? porqué murió Inés? qué instantes rodearon su muerte?...

Murió para revelarme la Verdad!... No haya asombros; moderad el juego de la máscara: ya he dicho que mi actitud serena garantiza vuestra tranquilidad.

Yo sentia la absoluta necesidad de esta confesion i ha sonado la hora de satisfacerla. He adquirido mi certeza, el porvenir no me inquieta i los estremos a que pueda arrastrarme cuanto diga esta noche me tienen sin cuidado... Han querido conocerme i yo lo diré todo pese a ese asombro. Por revelarme la Verdad Inés sufrió el gran sacrificio, es justo que para desgarrar vuestra máscara haga tambien el mio...

*
* *

Una tarde, cuando mi vida aun palpitaba en el seno de mi madre, llamó a la puerta de la casa paterna un peregrino. Su fatigado aspecto acusaba una larga caminata i el cansancio que se advertia en su actitud habria movido a piedad si cierto sello estraño, impreso en su rostro, no hubiera hecho repulsiva su presencia. En su marcha a traves del pueblo aquella especie de marca lo habia arrojado de todas las puertas i repelido por unos, amenazado por otros, llegó a la puerta de nuestra casa.

—Un vaso de agua i un momento de reposo—imploró con voz débil.

—Un vaso de agua?... I mi madre que cruzaba el corredor se quedó mirándolo apoyado en la puerta, el sombrero en la mano, teniendo en la otra grueso baston.

—Entrad, allá...

Ella se hizo a un lado, sintiendo ya la repulsion que fluia de él. Ordenó que le dieran alimento i lo dejaran reposar bajo aquel corredor desde donde se abarcaban los campos i los montes.

Padre regresaba al anochecer de sus faenas i durante las horas del trabajo mi madre charlaba en el salon con la vieja ama de llaves.

—Aun no se ha ido?

—Allí está todavía... No debió haberle permitido que entrara; yo no sé que miedo me inspira ese hombre.

—Hai que ser buena; estaba cansado... Yo tambien sentí algo estraño al mirarle.

—Bebió mucho—seguia el ama—pero no quiso probar alimento i desde que se entró el sol permanece inmóvil, con los ojos hundidos en el cielo como si estuviera contando las estrellas.

—Es tarde; trae luces, Juana.

Miéntras la vieja ama iba a cumplir la órden, álguien vino a apoyarse en la puerta del salon. Mi madre sintió aquella presencia.

—Quién está ahí? quién es?

—El peregrino—dijo el hombre inmóvil en la sombra.

—Qué deseais?

—Nada.

—Entónces?

El seguia mirándola, en silencio. Mi madre era hermosa i en aquel tiempo la vida que llevaba en su seno le prestaba cierta grandeza, algo como un sello de santidad diluído en su persona.

—Entónces?—volvió a repetir inquieta.

—Yo os contemplo, señora—dijo el hombre—sois tan hermosa que es imposible dejar de amaros i yo os amo!...

—Juana!!, gritó mi madre sorprendida.

—Qué temeis?... Mi amor os bendice i bendice tambien a vuestro hijo... Adios, señora!...

Aun permaneció un instante mirándola i luego se alejó lentamente.

—Juana!...

La vieja ama llegó presurosa i la luz de la lámpara pareció disipar un tanto la terrible inquietud que acusaba el rostro de mi madre.

—Ese hombre... échale... Dios mio!...

Cuando llegó mi padre trató de averiguar el paradero del osado, pero ya no estaba en el pueblo; nadie le vió partir entre las sombras de aquel inolvidable anochecer.

Durante un tiempo, mi madre no pudo apartar de su memoria el eco estraño de sus palabras ni el in-

definible sello de repulsion de su rostro i mas tarde —aun inquieta—murmuraba al oído de mi padre:

—Creí que sus brazos me estrechaban. No te rias... Hasta me pareció sentir que *algo suyo tocaba mi alma.*

Pasaron los años i otra tarde mi madre conversaba en aquel mismo salon con el viejo párroco del pueblo.

—Yo sufro viéndolo así—decia ella—pero me impacienta tambien ese carácter... No habla, no disputa i sin embargo su silencio me parece una constante rebelion... I es mi único hijo, Dios mio!

—Esperad en el tiempo... Todo cambia.

—Sí, sí... a veces pienso que no es suya la culpa; ha vivido siempre solo, sin un hermano con quien cambiar sonrisas... Pobre hijo mio!

—Yo le estudio, me preocupo de él —seguia el párroco—a veces quisiera tratarle como a un niño, pero hai no sé que estrañeza en sus ojos que me hace dudar... Ese niño...

—Si Ud., que ha vivido tanto no lo comprende, yo desespero que álguien pueda modificar su carácter... Porqué es así? qué será de él con el tiempo?

Caía la tarde i la débil claridad de las últimas horas dibujaba en aquel salon sombras ya conocidas, ponia en el paisaje tintes de otro tiempo: era como si una hora pasada tornara a surjir en aquel instante.

—Juana, la lámpara—ordenó mi madre i como si

su propia voz le hubiera evocado una vieja vision, tuvo un sobresalto i volviéndose hácia la puerta murmuró:

—Dios mio!...Aquella tarde!...

El párroco siguió con sus ojos la direccion de aquella mirada, pero la puerta permanecia sola sin que ninguna sombra interrumpiera aquel retazo de cielo que recortaba su marco... En la oquedad de la estancia vibró entonces el recuerdo i ámbos callaron.

Mi madre dijo:

—Pobre hijo mio!

I el párroco pronunció la frase que trazara desde entónces mi destino:

—*Le ha rozado la frente el amor de un estraño!...*

***

Comprendeis?... Habia rozado mi frente el amor de aquel paria, tenia en mi ser algo del misterio indefinible que envolviera al peregrino cuando vino a llamar a la casa paterna. Por una estraña influencia el amor de aquel vagabundo repercutia en la vida del hijo; meciéndose un instante sobre mi madre aquel amor me alcanzaba en virtud de quién sabe qué desconocido poder!...

Vosotros sonreis tranquilos, ignorando qué horas del pasado han predicho vuestra senda; permaneceis indiferentes miéntras se cumple el síno que esas horas marcaran a vuestras vidas... Piedad para vosotros!

Yo no supe de esto hasta que la tierra cobijó pia-

dosa el cuerpo de mi madre, cuando al alejarme para siempre de la casa paterna, el ama me vertió conmovida el vaso de sus recuerdos.

Desde entónces esos dos instantes, que vosotros imajinais inútiles, han sido como las puertas que me abrieran el porvenir hácia una ruta desconocida.

Viví solo. Aislado en el propio hogar me nutrieron las sombras amigas de aquel caseron i el silencio en que se iban envolviendo las personas que me rodeaban a medida que caian los años.

Nutrido de sombras i silencio i pesando sobre mi destino el amor de aquel paria comprendereis que llegara a hombre con el alma henchida de estrañezas! Tenia una alma de hombre en el cuerpo de un niño de diez i siete años.

I fué entonces, en aquel tiempo inolvidable, cuando se presentó a mi conciencia el problema estraño cuya resolucion me ha separado de vosotros para siempre.

Fué entónces...

Próxima a casa vivia una mujer viuda i sola. La mayor parte de las horas pasábalas en mi hogar charlando con mi madre i a veces terciaba tambien padre en aquellas íntimas conversaciones.

Era hermosa. Cuando evoco la imájen que de ella conservo, la veo siempre con unos grandes ojos negros de suave mirar en una cabeza erguida; alta, esbelta i mostrando en su continente una especie de dulzura que fluía desde lo hondo de su ser.

Tal aparece en mi memoria, pero ella no era así precisamente. Ahora el tiempo i la ausencia han pu-

rificado su imájen quitando de él las pasajeras espresiones que forja la voluntad. Yo la veo siempre igual porque es solo el imborrable, el eterno rostro de su alma el que aparece en mis recuerdos.

Tomad bien en cuenta esta observacion: el tiempo i la ausencia quitan de los rostros, que evoca el recuerdo, la máscara de los jestos, conservando sólo la imperecedera espresion del alma.

Pensad en álguien que esté ausente de vosotros .. Lo veis?... Imajinadlo ahora viejo, concluído; imajinadlo como querais; no es cierto que aparte de esas pasajeras imájenes que de él os formais teneis una siempre igual, incambiable?

Pues bien, tal es mi vision al recordar la imájen de la viuda.

En apariencia parecia que las relaciones de mi padre con ella eran indiferentes a juzgar por la frialdad de su trato. Todos creian eso por... las apariencias; ya sabeis... los jestos...

Pero yo, relegado en aquel medio a un pasivo papel—pasivo en apariencia tambien—los observaba a todos, los estudiaba a todos i aquellas tres personas: mi padre, mi madre i la viuda me eran tan conocidos como las únicas pájinas de un libro que estuviera obligado a hojear a cada momento.

Yo sabia que en tal o cual circunstancia mi padre se mostraba de tal manera, que en ciertos casos la viuda ponia sonrisas en sus labios i que en algunos instantes las facciones de mi madre se plegaban en este o aquel sentido. Conocia tanto el juego de sus

máscaras que me hubiera sido fácil imajinar los cambios de sus rostros, si me hubiera visto obligado a escucharles en la oscuridad.

Así estaban los hechos cuando el invierno hizo que las visitas de la viuda fueran mas frecuentes i prolongadas... En apariencia las relaciones con mi padre conservaban la misma frialdad que al principio.

I hago hincapié en aquello de las apariencias, porque desde entónces vinieron a sorprenderme ciertos cambios que se efectuaban en el juego de sus fisonomias... En ocasiones en que aquellas habian trabajado mucho, fatigadas por el constante ejercicio, sorprendí en sus rostros otra espresion que no conocia.

Indefinible, estraña, esta espresion parecia prescindir de sus rostros para revelarse. En tal circunstancia cuando ámbos se miraban, parecian atemorizarse i el juego empezaba mas enérjico que ántes.

Mi madre no notaba aquella estrañeza, pero yo —siempre relegado a mi pasivo papel—estudiaba, abismábame por encontrar la razon de ese cambio.

Por qué sonrien i hacen muecas? I cuando los músculos se fatigan con el esfuerzo, por qué aparece en sus rostros esa otra espresion invariable que ellos parecen temer?

Estas cavilaciones mias, que juzgareis vagas, no hubieran tomado nunca forma, si una circunstancia preciosa no hubiera hecho concretas i evidentes mis hasta entónces sutiles cavilaciones.

Una noche charlaban en el salon mi padre i la viuda; madre se habia retirado temprano i yo permanecí junto a ellos absorto en una lectura. A ratos el silencio interrumpia su charla i a medida que se hacia tarde, aquellas interrupciones eran mas frecuentes i prolongadas... Ellos estaban separados por alguna distancia i la luz de la lámpara arrojaba ante mí sus sombras que los jestos i las actitudes hacian movibles... Hubo otro silencio prolongado, yo doblé la hoja i al hacerlo me quedé sorprendido.

Las sombras que sus cuerpos proyectaban se iban acercando lentamente; en el instante en que se juntaron yo me volví... i mi sorpresa fué mayor: ámbos permanecian en sus mismos sitios sin haberse movido... Eso sí, en sus rostros vi entónces como nunca, la serena, incomprensible espresion que ellos parecian temer...

Dios mio! qué misterio se efectuó en ese instante?

Yo estaba bien seguro de que no se habian movido porque entre ellos habia un buen trecho i antes de que tornaran a separararse los hubiera sorprendido... Pero sus sombras i la espresion de sus rostros!...

Seis dias mas tarde mi padre partió para siempre con aquella mujer; partió para siempre i en aquella su última carta, que mi madre leyera tantas veces, una frase, una sola frase hizo la luz en el caos de mis pensares.

« *Yo no sé decirte lo que me empuja, pero hai en mi resolucion algo de ineludible i fatal. Parece que mi*

alma hubiera estado esperando a la suya mucho tiempo».

Luego sus almas tendian a unirse? tendian a romper los lazos estraños que las separaban? Ambos lucharon, trataron de vencer el impulso, de ocultarlo? Aquella indiferencia era sólo superficial; nacia de sus voluntades i en los instantes de tregua, tras la defensa de los jestos, sus almas tornaban a atraerse?

Con una estraña clarovidencia lo relacioné todo: jesticulan, sus fisonomías se contraen i enmascaran para disimular el deseo de sus almas i cuando la fatiga vence a la voluntad, la atraccion revive i el alma se muestra... Era pues la espresion de su alma la que yo sorprendí en sus rostros la noche aquella en que me asombrara la conjuncion de sus sombras.

I planteé entonces mi problema ya casi evidente:

El alma tiene una fisonomía propia ajena a la fisonomía que la voluntad pone en cada rostro.

Abandoné el hogar, me hundí en la vida i hácia donde quiera que mis pasos me llevaron, esta certeza fué mi eterna obsesion.

I es así como, pensando en ella, purificándola con todas mis observaciones llegué a penetrar en el misterio de tantas espresiones indefinibles. Es así cómo pude esplicarme por qué en las facciones del niño hai ya los rasgos del hombre; en esos pequeños rostros que el tiempo habrá de modificar hai siempre

signos inmutables, jestos imperecederos: son las líneas que mas tarde habrán de caracterizar su rostro único, el rostro de su alma.

Todo, todo se iluminó en mi conciencia, se modificó en mi pensar al calor de esta certeza que se fué enriqueciendo cada instante con mis numerosas observaciones i desde entónces todo rostro fué para mi un problema que resolver.

Veis? Ese rostro sonríe i hace muecas para disimular su otro rostro... Aquel finje una espresion de tristeza...

Os sorprende la serenidad que hai en las facciones de este anciano? Es que la máscara se ha cansado de trabajar i ya le es mas difícil ocultar la espresion de su alma...

Qué particularidad advertis en la actitud de aquel hombre?... Inadvertidamente ha dejado que se relajen los músculos del disimulo... Mirad: se repone, se reviste de la máscara i adopta una actitud que cree conveniente en este instante.

***

Hace tres años, tres cortos años que conocí a Ines. Vivíamos vecinos i desde mi ventana yo la divisaba en la suya al regresar de mi oficina.

Entre su familia i la mia hai no sé qué relacion de parentesco, pero apesar de esta circunstancia yo me mantuve aislado rehuyendo las invitaciones que tan-

tas veces me hicieran. Pero un dia vino ella a mi cuarto.

—De véras, dijo, Ud. ha escrito esto?—I me mostraba una revista que traia un trabajo mio.

—De véras, yo lo hice, Ines.

—Es mui hermoso, murmuró, mui hermoso.

I habia en sus facciones finas tal espresion de complacencia que quise recompensar su muda felicitacion con una frase.

—Lo encuentra bello?... Es que lo hice para Ud., para que Ud. lo leyera.....

Nunca tales palabras salieran de mis labios!...

—Para mí?... murmuró i sus facciones se trasfiguraron. Pareció que una hermosura surjida desde el fondo de su ser floreciera en su rostro; la ví hermosa, como una vision que trajera el mas lisonjero de los conjuros. Hermosa con toda la hermosura de su alma, como nunca otro rostro humano se mostró ante mí!

I aquella hora trajo el amor.

Nos amamos, nos amamos, pero ya no hubo otra hora como aquella. Torné a ver su rostro con la belleza de siempre; la máscara que mi ofrecimiento levantara un instante volvió a ocultar la sublime espresion de su alma que pusiera en mí tanto cariño i desde entónces esperé anheloso otro milagro; esperé ver su rostro una vez mas, saber que no era una ficcion, que tras los velos que mi deseo trataba en vano de rasgar aquel rostro existia.....

Pero era jóven; la máscara era jóven; aun podia

jugar mucho tiempo sin cansarse. Ni los momentos solemnes que el amor nos traia fueron capaces de alzar el engañoso velo. En cada uno tuvo una espresion; pero aquella, aquella la creí disipada para siempre.

Qué estraño poder tuvo mi ofrecimiento aquel dia! Despues, cuánto le ofrecí! Todas mis obras fueron para ella!

—Ines, quieres que te lea aquel cuento?

—Bueno, lée...

I al terminar yo le decia ansioso:

—Lo encuentras bello?

—Sí, es mui bonito, mui bonito.

—Sabes? Lo hice para tí; para que tú lo leyeras.

Sonreia con una espresion vaga, indiferente.

—Para que tu lo leyeras, Ines... para que lo miraran tus ojos.

—Es mui bonito, volvia a repetir sin que el velo de su falsa espresion se descorriera.

I ya fué una obsesion para mí: cómo verlo? será acaso posible que mis ojos no lo vean nunca mas?...

La máscara era jóven i jugaba bien; no habia en su juego vacilaciones ni intermitencias; jesticulaba siempre, siempre impenetrable como si su voluntad, sabedora de mi ferviente deseo, se complaciera en tejer mas espesos velos cuantas mayores eran mis ansias. Cuando yo comprendí aquel juego, no hice nada mas por desgarrar la máscara. Aparente indiferencia por ver si ese disimulo mio lograba distraerla,

pero todo fué inútil: aun a sabiendas de que yo no la espiaba, la máscara hacia jestos.

—Tu has cambiado mucho, Pablo, me decia.

—Es verdad: me hago mas viejo.

—No es eso; parece que ya no me amaras.

I yo pensaba: déjame ver tu alma una sola vez i verás tú tambien como mi amor renace!

—Tú ya no eres el mismo Pablo que me ofreció su trabajo aquella tarde.

Resolví decírselo.

—Por qué ese disimulo, Ines?

—Qué disimulo?—preguntó miéntras la máscara finjia una sorpresa.

—Qué disimulo?... Esos jestos con que tratas de ocultarme tu rostro que yo amo.

—Tú estás loco? qué rostro? qué te oculto?

Ya veis, todo fué inútil. En su juego no habia treguas ni vacilaciones. Todo era inútil i miéntras tanto mi deseo se agrandaba con los vanos esfuerzos; mis noches llegaron sin sueño, no pude trabajar... Cómo verlo? cómo verlo?... Así no se podia vivir i ya mi obsesion fué tan intensa que me torné casi huraño.

—Sabes, Pablo? —su máscara finjió al decirlo una espresion de tristeza—es mejor que nos separemos; yo ya no te hago feliz i sufro...

Separarnos? Si ella se iba perdia yo toda esperanza de ver su alma tan deseada. Separarnos! Sentí miedo, sentí miedo de que ya no existiera la débil esperanza que aun alentaba.

—Porqué dices eso? Si yo te amo siempre; acaso no sientes todo el bien que tu amor aporta a mi alma? Qué será de tu Pablo sin tí?...

La atraje hácia mi i la besé en los labios. En ese instante yo admiraba las inflexiones que tomaba mi voz para engañarla... Mi máscara jugó i jugó bien.

—Qué será de tu Pablo sin tí? Si tú partes ya nadie lo amará i una vida sin amor, cuando se ha conocido tu amor, es un martirio!... Di que no te irás, verdad que no te irás?...

La vencieron mi máscara i mi actitud.

—No me iré nunca, nunca, murmuró miéntras sus jestos reflejaban tristeza, ventura, alegría: todas las espresiones que tiene el amor.

Aquella fué como la noche de nuestras bodas; durmió sobre mi brazo miéntras yo pensaba:

—Cómo hacer para que su alma se muestre?

De pronto sentí como si se disolviera su actitud, como si por un instante la hubieran abandonado las fuerzas de su voluntad... La miré i en aquel momento tan pasajero sorprendí en sus facciones un reflejo de su rostro único.

Dios mio, hice un esfuerzo para no despertarla, tal fué la inmensa alegría que me conmovió; porque en aquel instante resolví mi problema....

Habia columbrado su rostro verdadero en los momentos del sueño, en los instantes en que la voluntad abdica; luego era preciso que un gran sueño adurmiera su voluntad para que el rostro de su alma se mostrara...

I pensé en el mas solemne de los sueños: LA MUERTE.

Desde ese momento resolví que ella muriera i una inmensa ternura me invadió ante la certeza de que mi deseo iba a cumplirse.

—Te amo, te amo...—murmuré sincero.

—Yo tambien te amo—musitó ella débilmente.

***

I ya fué cosa de esperar una ocasion propicia.

Todo estaba preparado para la prueba, era cuestion de aguardar solamente.

—Somos como dos novios, murmuraba ella en la mañana de aquel dia, complacida de los manejos cariñosos con que yo trataba de borrar de su ánimo la posible sospecha que hubiera podido prender en él la febrilidad que me iba invadiendo ante la hora próxima.

—Sí, somos como dos novios; tu sabes revivir mi amor...

La hora se aproximaba i casi sin esfuerzos Ines se hacia dócil a todos mis deseos .. Sobre el velador estaba la taza de leche en la que poco ántes yo vertiera la cantidad de opio necesaria para que el sueño detuviera por algun tiempo los movimientos de su voluntad... Sólo así, dormida, iba a poder ejecutar la prueba suprema... Habia cavilado tanto tiempo hasta encontrar el medio propicio!

— No te levantes aun; está fria la mañana. Permanece en cama otro rato; yo voi a traer aquí mi mesa de trabajo i escribiré miéntras charlamos.

Accedió a mi deseo; en aquel instante ella estaba subordinada a mí i le hubiera sido imposible eludir el fallo que pesaba sobre su vida. Yo espiaba sus movimientos; aun no habia bebido su leche, pero lo hizo en el momento en que salí de la estancia.

Traje mis útiles de trabajo i finjí escribir miéntras charlábamos, sintiendo que un gran peso se quitaba de mi corazon ante la certeza de que pronto habia de dormirse.

—Tú eres bueno, Pablo, pero a veces te vuelves tan estraño...

No la miraba; respondia sin tornarme; sabia de memoria los jestos que simulaba la máscara. I así hablando ella con desgaire, respondiendo yo con monosílabos, se pasó un largo rato.

—Sabes..., me está dando sueño; voi a quedarme dormida i tu tendras la culpa de que me duerma.

Me sorprendí, imajinando que aquella frase era una alusion de que todo lo habia adivinado, pero la máscara hacia jestos indiferentes.

I se durmió. Entónces dije:

—Ines...

Ella no despertó.

—Ines...—volvía repetir en voz mas alta—Ines...

Habia llegado la hora. Saqué de mi bolsillo el frasco del cloroformo i me aproximé al lecho. Al destaparlo, el esmeril del cuello hizo ruido, i aun cuando tenia la certeza de que no se despertaria, aquel pequeño roce me produjo un estremecimiento; en el silencio de la estancia se escuchaba el latido de mis venas...

Vertí el líquido en el algodon que llevaba a propósito i, sosteniendo mi respiracion, lo acerqué a su nariz... Temblaba de que pudiera despertarse i se perdiera para siempre mi esperanza, pero obré con serenidad: no lo puse de golpe sobre sus ventanillas; lo aproximé desde léjos, lentamente, hasta dejarlo sobre ellas.

Se disipó entónces mi temor i ya tranquilo esperé que el gran sueño hiciera surjir el alma...

I entónces sus facciones empezaron a transfigurarse; se disolvieron lentamente los velos mentirosos que tejiera la voluntad; algo sereno i plácido iba surjiendo desde el fondo de su ser. Se hacia hermosa, con la hermosura sobrehumana de aquella tarde, i cuando ya la espresion iba a completarse tuvo un último estremecimiento i un hondo suspiro rompió el silencio que ántes llenara sólo el latido de mi corazon.

Afuera se escuchaba ruido; alguien iba a penetrar en la estancia, pero yo no pensé en eso, no pensaba.

Veia sólo su rostro soberano revestido de toda la grandeza que le prestaba el gran sueño; su rostro único que ya la voluntad no podria ocultarme, el rostro de su alma tantas veces deseado i entónces tranquilo, satisfecho, agradecido, me incliné sobre ella... i allí me hallaron besando, llorando sobre su rostro amado; allí me hallaron vertiendo mi llanto sobre su alma...

CÁRLOS R. MONDACA

Evanjelio

Evangelio

Están los ojos fijos en las nubes,
que van como unas aves agoreras
con sus alas enormes. Como un lago
que refleja los cielos, las pupilas
son azules o grises; ya sonrientes,
ya torvamente brunas. Como un lago
profundo i misterioso, copia el alma
luces de aurora, claridad de estrellas,
sombras crepusculares, i la augusta,
la soberana sombra de la noche.
—Chispa que brilla apénas, que se apaga
con un fulgor tan rápido, suspiro
de luz muerto en un átomo del tiempo,
vive la eternidad i el infinito
de la naturaléza guarda el alma.—

I el Gran Todo está en todo.
La hoja que vuela i el reptil; la gracia
de las espumas i la negra nota
del fango; las montañas que desgarran
el dombo azul i el átomo que el ojo
siente apénas, se juntan i se besan;
i en la sombra se estrechan i son uno;
i el mismo soplo que rozó la cumbre
pasa rozando el llano i acaricia
las espumas i el fango, los follajes
i el polvo; i unas mismas vibraciones
de vida universal todo lo envuelven.

La luna ¿veis? Tan pálida, tan triste,
tan remota, perdida en lo profundo
del abismo lejano. I el mar la ama,
i un estremecimiento voluptuoso
pasa por las entrañas del jigante;
i en un hervir apasionado se alza,
como una aspiracion a lo infinito;
i florece de espumas como azahares,
como el rosal sus rosas o sus versos
un cerebro poeta.
I se adormece
bajo la cándida caricia, como
si fuera el roce de una mano
blanca sobre una frente indómita.

Las nubes! Las graciosas mensajeras,

como velas latinas, en bandadas,
pasan flotando en el azul. Lejanas,
tan lejanas como un sueño que apénas
se recuerda, su paso por la altura,
como un beso, como un beso fecundo
que jermina en el vientre de la tierra.
Pupila inmóvil i honda, las ve el lago
con la mirada cariñosa, intensa,
del padre que en silencio contemplara
los juegos de sus hijos. Porque él sabe
que son distintas formas de la misma
maravillosa esencia, que la nube
nació de sus entrañas, i su vida
de éxtasis late en el hinchado seno
de la nube lejana.
I van pasando,
blancas, grises o rojas portadoras,
de un mensaje de amor, a deshacerse
como lágrimas diáfanas, como albo
plumaje de palomas en la cumbre.
La cumbre solitaria, la atrevida,
como frente que niega, que se yergue,
reto interrogador del infinito,
se envuelve en la caricia de la nube,
i se hace blanca i suave como el alma
de un niño. I como un alma, aquel mensaje,
lleno de amor del mar i de los lagos,
devuelve en el candor del ventisquero
i en la cancion del rio.
¡I se encadenan

en un abrazo eterno, la montaña,
la pradera i el mar!
¡Almas de sombra
que vais, ciegas o sordas, por la vida,
jirones errabundos de una noche
sin alba, abrid los ojos i que tengan
su aurora al fin. Abridlos, i que copien
la infinidad de la naturaleza!

Yo he escuchado temblando el formidable
Verbo que habla de amor, Verbo que canta,
como un salmo a la vida, en el afable
rumor de la corriente o en la loca
lengua de la cascada. Yo he mirado
con alma temblorosa los milagros
del alma de las cosas, i la santa
Unidad que del átomo i del monte,
de la espuma i del fango, de los cielos,
la pupila i el alma; que de todo
hace una sola nota en el concierto
de la armonía universal.

Mi alma
sabe tambien el Evanjelio eterno
que las nubes anuncian desde lo alto,
la suprema verdad: Sed como el agua.
Sed como el agua: que se vea el fondo
de vuestro pensamiento; que se pierda
fecundo en las entrañas de la tierra;
como vapor de incienso, que flamee

sobre cumbres que nunca holló la planta;
que pase acariciando la pradera,
como jiron de cielo; i vaya siempre,
mordido por las rocas o besado
por las flores; cantándole a la Vida,
i al fin, amplio i grandioso como un rio,
se hunda en la Inmensidad.. ...

DIRECTORIO

DIRECTORES

Santiago Aldunate Bascuñán
Paulino Alfonso
Gonzalo Bolnes
Olegario Carvajal
Alberto Cruz Montt
Luis Espejo
Carlos Luis Hübner
Roberto Huneeus
Ricardo Montaner Bello
Carlos Newman
Armando Quezada A.
Carlos Silva Valdosola

SECRETARIO

Samuel A. Lillo

PRO-SECRETARIO

Guillermo Labarca Hubertson

TESORERO

Carlos R. Mondaca C.

DIRECTORIO

DIRECTORES

Santiago Aldunate Bascuñan
Paulino Alfonso
Gonzalo Bulnes
Olegario Carvajal
Alberto Cruz Montt
Luis Espejo
Carlos Luis Hübner
Roberto Huneeus
Ricardo Montaner Bello
Carlos Newman
Armando Quezada A.
Carlos Silva Vildósola

SECRETARIO

Samuel A. Lillo

PRO-SECRETARIO

Guillermo Labarca Hubertson

TESORERO

Carlos R. Mondaca C.

YORK PUB
EFERENCE DEPART

book is under no circumstan
taken from the Building

BD MUR